



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 8

PRECIO: UNA PESETA

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

S. y J. Alvarez Quintero. Escenas escogidas: Amor que mata.—«*Carro Vargas*». Cuadros madrileños: La declaración.—*Antonio Porras*. Senequita.—**Muchas cosas en pocas líneas.** *María Sepúlveda*. La tierra vieja.—*C. Cabal*. Del folk-lore de Asturias: El entierro de la sardina.—*Vicente Díez de Tejada*. Cancionero popular: La oración.—*S. Ramos Almodóvar*. El Ermitaño de Córdoba. (Continuación de esta novela, que principió a publicarse en Enero). **Teatro y cinematógrafo:** *Fernando Luna Arenaz*. Dos fracasos y dos éxitos. **Impresiones de arte:** *Jorge de la Cueva*. La Exposición de Arte Catalán. **Leyendo Revistas y Periódicos.** **Libros:** *Fernando Castán Palomar*. Del positivismo al romanticismo.—Libros recibidos. **Crónicas:** CATALUÑA: *Luis G. Manegat*. El homenaje a Rusiñol; las Exposiciones; el Teatro; estas Crónicas.—GALICIA: *Eugenio Carré Andao*. Letras Gallegas: Más sobre los escritos en prosa. **Literatos nuevos:** *Prisca Espa*: Alicante.—*María Gloria Lázaro*: Sus manos.—*Jesús Riego*: Peregrino del amor.—*Dibujos de Antonio Blanco Lon*.

Para anunciar ventajosamente en LETRAS REGIONALES dirijase a

“PUBLICITAS”

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

MADRID:

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 13
APARTADO, 911

BARCELONA:

RONDA DE SAN PEDRO, 11
APARTADO, 228

IMPRENTA LA ESPAÑOLA. — LIBRERÍA, 28 — CÓRDOBA

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, R. Alcover, G. Álvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Peláirea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz..

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consiguen.

Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

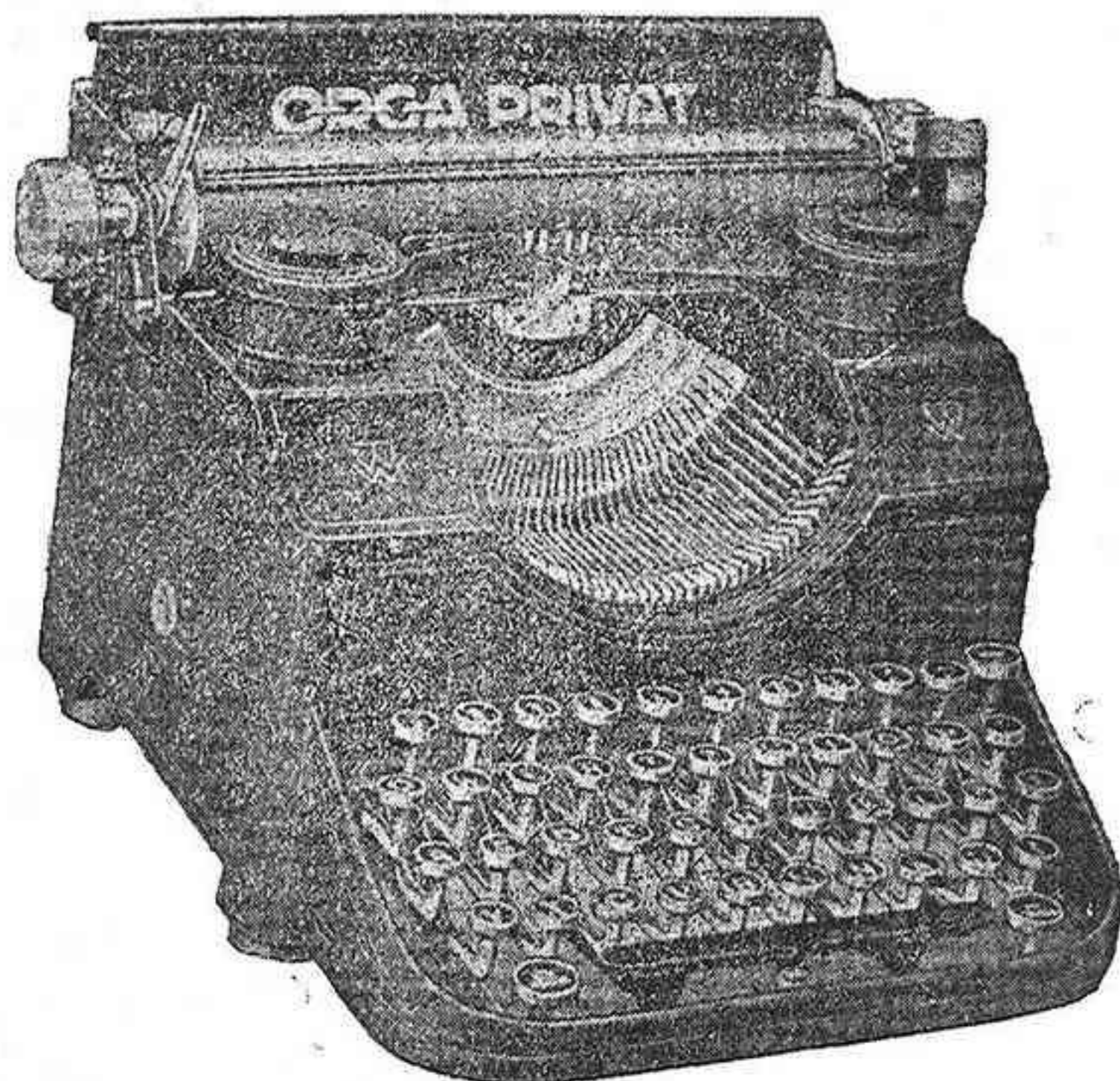
Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...

(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

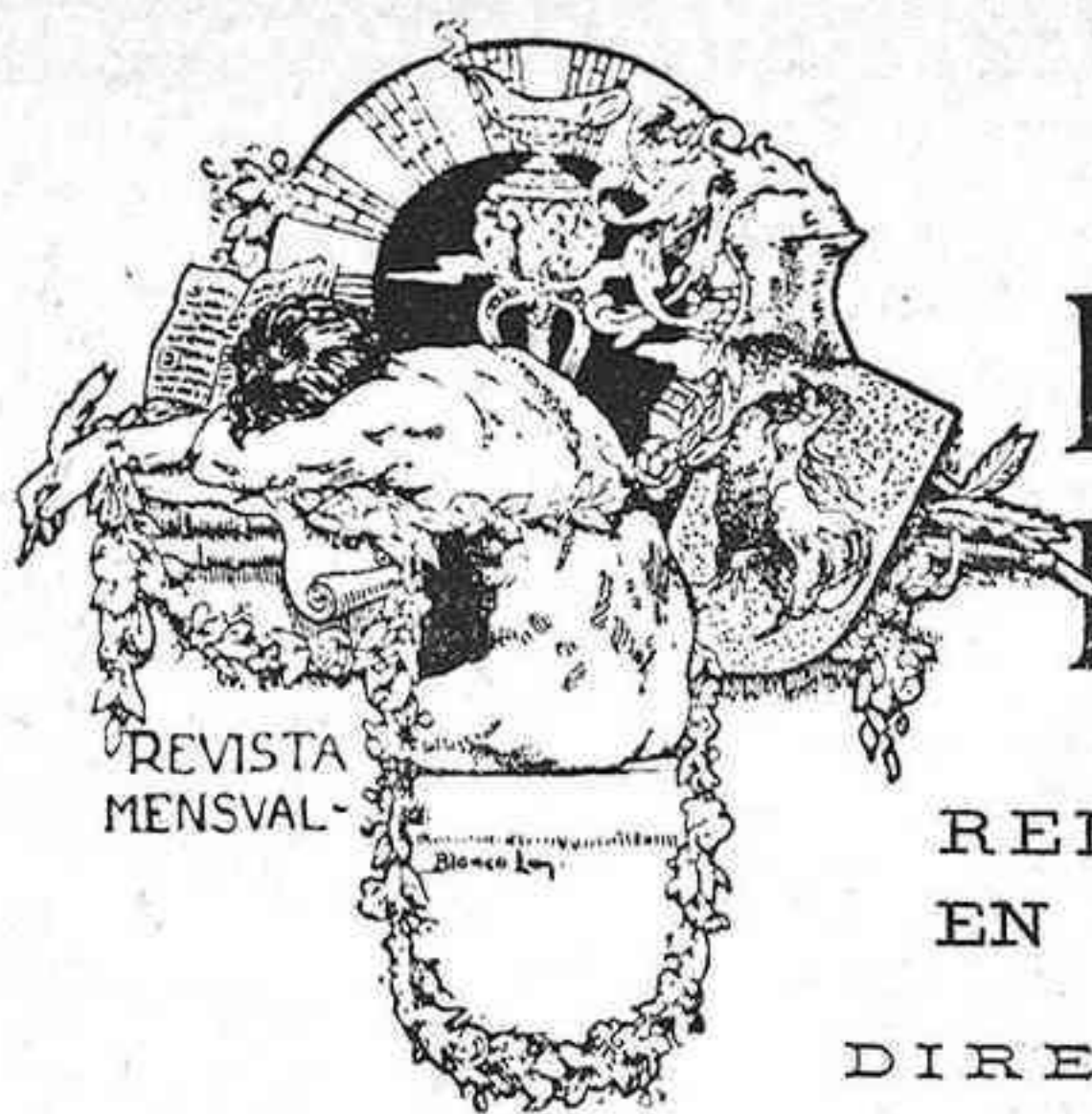
Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones
- gratis pidiéndolos al -

Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Febrero de 1926

Núm. 8

ESCENAS ESCOGIDAS

AMOR QUE MATA

POR S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

Habitación humilde en casa de Pablo, en tierras castellanas y en la época presente. Ventana de antepecho a la derecha del actor. Puerta al foro. Chimenea de campana a la izquierda. Muebles pobres. Al lado de la puerta del foro, una mesa de pino, y sobre ella, un velón encendido que alumbra débilmente la escena.

Aparece Leocadia sentada junto a la chimenea, inquieta y pensativa. De pronto presta oído hacia la ventana.

Leocadia.—¿A ver?... Me pareció que venía .. Pero, no; siempre me anuncia su llegada cantando. Aún no tarda... Quiero verlo entrar... y lo temo, porque ésta será la última noche. No puedo más... Estoy resuelta. *Pausa.* ¡Hace frío! Esta leña no arde, no da calor... Tal vez sea que yo no puedo sentirlo, porque el frío de la conciencia no me deja. ¡Qué mala soy!... Pronto pasará el tren por ahí abajo, por el valle... En él irá mi pobre Pablo, encerrado en aquel infierno de máquina, guiando la fiera,

como él dice, y con el pensamiento puesto en mí... ¡Qué mala soy!... ¡Ah, no! Esta será la última. Me pesa ya mucho la traición, y no quiero echar sobre ella más días de crimen. La última, la última... ¿A ver?... Volvió a parecerme que cantaba... No... Es el viento. *Quédase pensativa.*

Sale Pablo por la puerta del foro, sonriente y ufano. Detiéndose contemplando a Leocadia.

Pablo.—(En todo pensará, menos en que tiene tan cerca a su Pablo.)

Leocadia.—(¡Qué horror! ¡qué villanía!... Mi Pablo no merece esto...)

Pablo.—(¿Pensará en mí?... ¡Quién lo pudiera adivinar!... ¿Por qué no sonará el pensamiento de las mujeres?) *Se acerca a ella cautelosamente y la abraza.*

Leocadia.—*Con sorpresa y terror.*
¡Pablo! ¿Tú?

Pablo.—¡Yo, alma mía, yo!

Leocadia.—¡Jesús!

Pablo.—Tu Pablo, tu amor, tu rey...

tu esclavo; el que sueña a todas horas contigo; el que no sabe estar sin tí... Pero ¿qué te pasa? ¿qué tienes?... ¡Ah! vamos; el susto natural, la sorpresa de verme cuando me creerías en mi infierno... y a tantas leguas...

Leocadia.—Claro; eso es...

Pablo.—¡Un susto de alegría!...

Leocadia.—Compréndelo... a estas horas... verte a estas horas... (¡Dios mío! ¡haz que el otro no llegue!)

Pablo.—Yo te explicaré... Pero no quiero que me riñas...

Leocadia.—¿Qué dices?

Pablo.—Has de perdonarme de antemano... ¿Me perdonas?

Leocadia.—¿Yo... a ti? ¿Perdonarte... yo a ti?

Pablo.—Sí; por el crimen de quererte mucho. Oye.

Leocadia. ¿Qué has hecho?

Pablo.—Lo que bullía en la cabeza y en el corazón hace tanto tiempo; lo que era mi pesadilla continua: dejar la odiosa plataforma del tren, a la que mi destino parecía querer esclavizarme.

Leocadia.—¿Eh?

Pablo.—Sí; lo he hecho: por fin lo he hecho y hecho está.

Leocadia.—¿Te has vuelto loco, Pablo?

Pablo.—Porque no he querido volverme loco lo he hecho. Pero ¿estás intranquila aún?

Leocadia.—No... no...

Pablo.—Figúrate: por la tortura de tu corazón juzga de la del mío... ¿Qué sentías tú, tú que tanto me quieres, sin verme casi nunca, cuando el viento del valle te traía por esa ventana el silbido que daba mi máquina al pasar por aquí, como un lamento, como un quejido mío?... ¿Qué sentías al mirar que mi tren se ale-

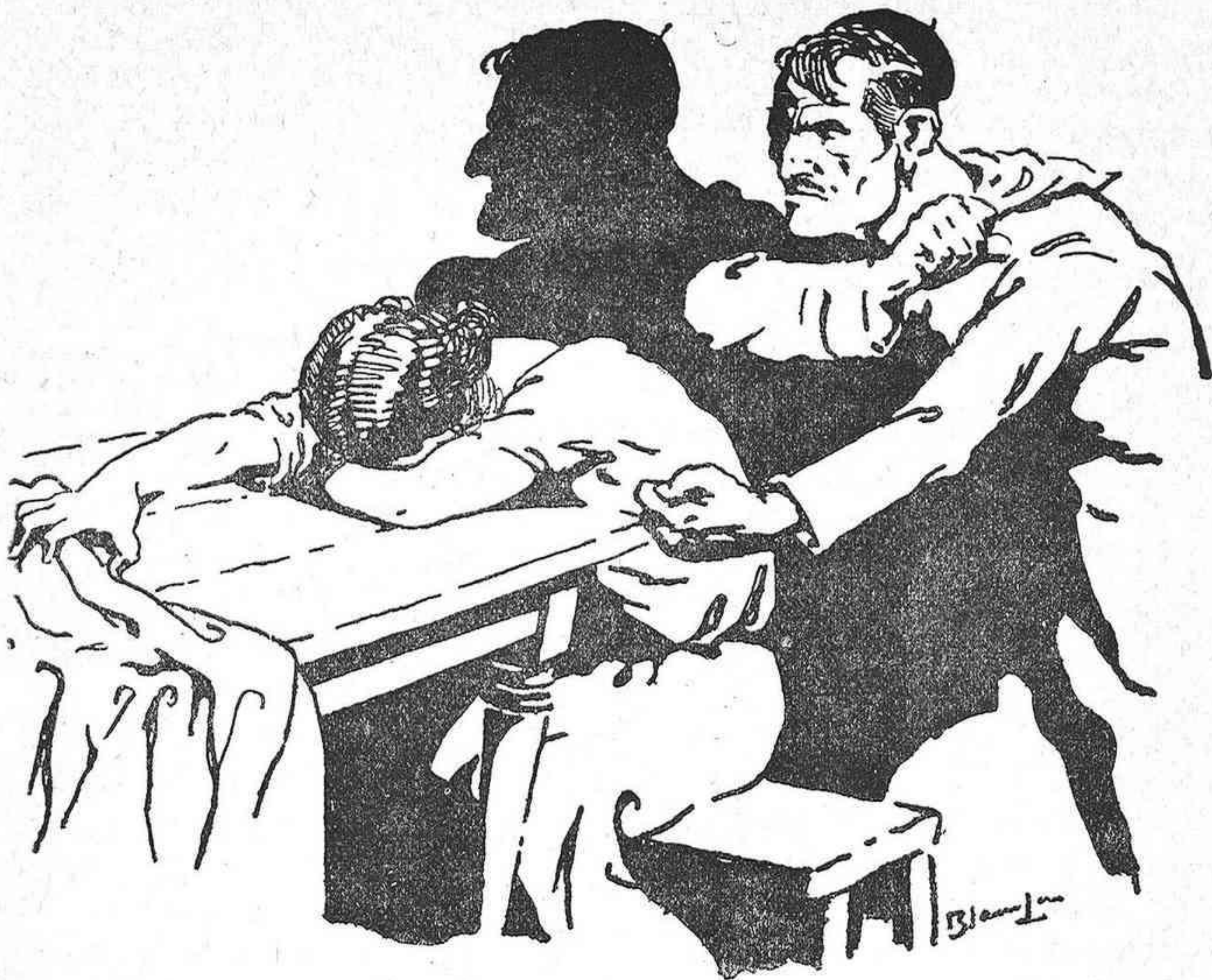
jaba indiferente a todo, bramando y rugiendo, por ese árido camino que parece que no tiene fin?... ¿No se te iba el alma con él? ¿No hubieras querido tener alas para seguir su paso y hacerme compañía? Pues imagina mis sentimientos y mis ideas... Yo, que sin ti no vivo, encerrado en aquel horno a todas horas, tostándome el sol, abrasándome el aire, quemándome el fuego; y andar, y andar, y andar, y pasar por esa hondonada como un relámpago y ver aquí arriba mi casa, mi cariño, y dejarlos antes con la vista que con el pensamiento; y andar, y más andar, ensordecido por el estrépito de la marcha, solo, siempre solo, sin más esperanza que la de llegar a una estación para no verte, y salir de aquélla para llegar a otra y no verte tampoco... ¿Crees tú que esto era vida?

Leocadia.—Creo que eso es así como lo dices, pero ¿que remedio? Ese era tu oficio... es tu oficio...

Pablo.—Pues no lo quiero a tanta costa. Y el remedio yo se lo pondré. Soy joven, soy fuerte; en el pueblo hay fábricas: pero trabajaré contigo... Esa distancia entre nosotros, esa separación forzosa de la vida del tren, no puedo soportarla más tiempo. ¿Tú no ves que cada minuto de carrera parece que me aparta un siglo de ti?

Leocadia.—Lo veo, sí, lo veo todo... ¡Si yo también deseo tenerte siempre al lado mío!... ¡Ojalá no nos hubiéramos separado nunca!

Pablo.—¡Cuánto me encanta oírte!... *La coge por la cintura y la lleva junto a la chimenea, ante la cual se sientan.* Ven acá... siéntate conmigo a la lumbre. Esto es calor... y no aquel fuego de la máquina. ¿Por qué no te alegras?



Leocadia.—¡Estoy esta noche tan triste! .. No sé por qué, pero estoy muy triste.

Pablo.—¿Teniéndome a tu lado, Leocadia?... Juntos tú y yo, ¿cabe entre nosotros algún motivo de tristeza? Te juro que no sé cómo he tardado tanto en decidirme. ¡Cuántas veces me he dicho, llorando y sollozando solo: Dios mío, ¿para qué llevo yo esta vida de esclavo, esta negra vida, si allá, en aquella altura, tengo lo que tienen muy pocos hombres: amor, pan, y luz?... *Reparando en Leocadia, que en vano trata de contener el llanto que se agolpa a sus ojos.* Pero, qué, ¿lloras? Alma de mi alma, ¿por qué lloras?

Óyese dentro, lejos, la siguiente copla que canta un hombre que se va acercando a la casa:

Una moza que me quiere
me quiere más que a su vida,
y yo que también la quiero
la quiero más que a la mía.

Leocadia.— *Dando un grito apenas empieza la copla.* ¡Ah!

Pablo.— *Sobresaltado.* ¡Qué!

Leocadia.— Nada... (Viene ahí...)

Pablo.— ¿Qué tienes, mujer? ¿Por qué te asustas?... *Prestando atención al canto, y con extrañeza.* ¿Quién anda por estos sitios a estas horas?...

Leocadia.— ¡Qué sé yo! ¿Cómo quieres que sepa yo?...

Pablo.—Pero ¿tiemblas?... pero no me miras?...

Leocadia.—¡Pablo!

Pablo.— *Sacudiéndola.* ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¿Qué es esto?... ¿Acaso tú?... Hacia aquí se acerca quien sea... ¿Qué es esto? ¡Habla! ¡habla!

Leocadia.—Te digo que no sé... que no sé...

Pablo.—¿No sabes? Y ¿sabes por qué tiemblas?

Leocadia.—Iré a ver... Déjame...

Pablo.—¡No! ¡Quieta aquí! Si va a entrar el que cantaba, que entre!

Leocadia.—¡Pablo de mi alma!

Pablo.—*Receloso, sin dejar de mirar a la puerta.* ¡Quieta aquí, quieta aquí!... ¿Qué temes tú? ¿qué temes?

Leocadia.—¡Perdón, Pablo! ¡Perdón!... *Desmábase.*

Pablo.—*Apartándose de ella anonadado.* ¿Perdón?... ¿Me ha pedido perdón?... ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Pero, no, no es verdad; si no puede ser, si no puedo creerlo... *Acercándosele.* ¡Dime que no es verdad, Leocadia! ¡Dime que estoy soñando! *Principia a oírse algo más cerca la copla de antes.* Pablo al escucharla se estremece. ¡Ah!... No, no es sueño... ¡Miserables!... *Va a lanzarse sobre Leocadia para ahogarla y se contiene.* No, ahora no; luego, luego, cuando pueda darse cuenta de que la mato. *Desde este momento, sugestionado y atraído por la voz que avanza cantando hacia la casa, se encamina maquinalmente en dirección de la puerta del foro.* ¡Qué ufano viene y qué tranquilo!... *Buscándose inútilmente un arma en la ropa.* No traigo armas... ¿Para qué había de traerlas, si yo no venía aquí a matar a nadie? *Llora y se rehace súbitamente.*

¡Miserable yo, más miserable que ellos, que estoy llorando! .. *Pausa.* *Vuelve a oírse la copla, muy cerca ya. Apenas comenzada, vase Pablo arrebatado y resuelto por la puerta del foro. Poco después córtase el canto bruscamente en el tercer verso de la copla. Nueva pausa. Se oye lejos el silbido de una locomotora. Más tarde se supone que pasa por delante de la casa de Pablo, aunque a gran distancia. Al fin se pierde todo rumor en la lejanía. Cuando apenas se percibe ruido alguno, vuelve Pablo en ademán descompuesto y feroz. Llégase a Leocadia, y sacudiéndola brutalmente le grita: ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¡Despierta!*

Leocadia.—*Volviendo en sí.* ¿Qué?... ¿qué?... ¿Qué es esto?

Pablo.—Soy yo, yo... ¿No me ves? Yo; Pablo, tu Pablo, como tú decías. *Respondiendo a una mirada de Leocadia.* No, no; al otro no lo busques; al otro no lo verás más; no lo busques.

Leocadia.—¿Qué has hecho?

Pablo.—Lo que había que hacer: matarlo.

Leocadia.—¿Matarlo?

Pablo.—Matarlo, sí. ¿Qué menos? Saqué loco, temblando de dolor y de rabia. Lo encontré en lo alto ya... Caí sobre él como un tigre, me agarré a su cuello y le ahogué la infame copla en la garganta... Se defendió de mi brutal acometida, se rehizo; era fuerte... Luchamos... Lucha desigual: yo llevaba conmigo la razón, la venganza justa; él no llevaba más que el azoramiento de la sorpresa y del crimen... Por eso lo he vencido. De pronto silbó el tren allá lejos... En sus ojos vi una idea espantosa, terrible... Él me la dió: la idea fué suya... Lo arrastré con esfuerzo supre-

mo hasta el borde mismo de la montaña, y lo hice rodar por la pendiente... Cayó al camino en el momento en que llegaba el tren... el tren mío... y allí se quedó el miserable.

Leocadia.—¡Qué horror!

Pablo.—¿Horror dices? Y yo, ¿qué diré?...

Leocadia.—¡Pablo!

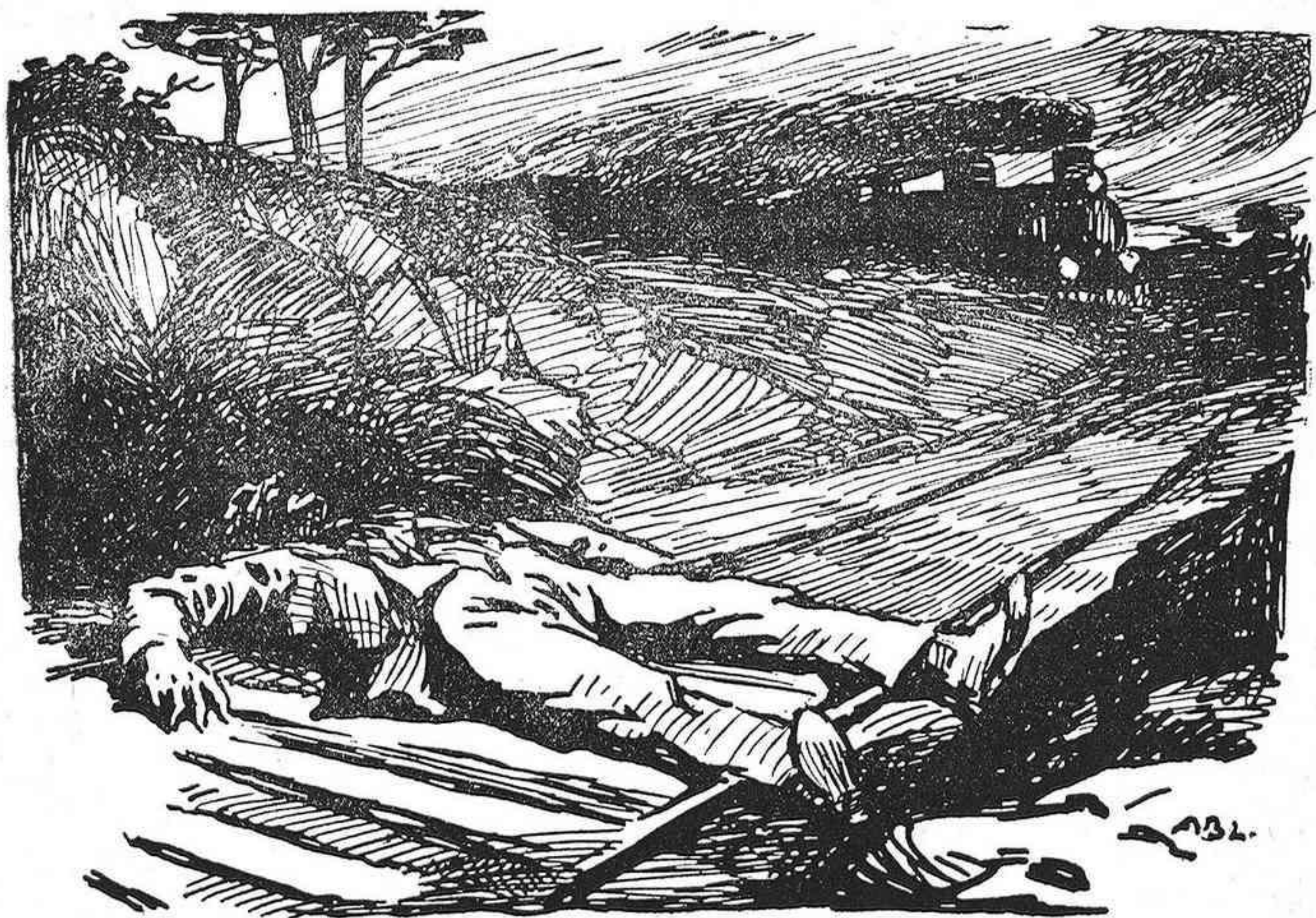
Pablo.—Nada temas tú: a tí no te mato. Tú aquí, aquí: sola, siempre sola: a llorar lágrimas que te abrasen los ojos y el alma, y que no te consuelen .. Y yo

abajo, otra vez al tren, al leal amigo a quien dejaba y que me ha sabido vengar; a la plataforma de hierro, a pasar muchas veces, rugiendo con él, respirando fuego, por encima de la mancha negra que deje la sangre de ese ladrón de mi ventura. Adiós, Leocadia.

Leocadia.— ¡Perdóname!

Pablo.—¡Nunca: este amor mío, o muere o mata; pero no olvida ni perdona! ¡Adiós! *Vase. Leocadia déjase caer en una silla sollozando.*

S. y J. Alvarez Quintero



CUADROS MADRILEÑOS

LA DECLARACION

POR CURRO VARGAS

(Oscureciendo. "Ella" se dirige deprisa por el andén de la derecha del paseo de Luchana, hacia la Glorieta de Bilbao. Es un un tipo muy madrileño: poca estatura, morena, airoso et talle, erguida la cabeza, menudito el andar, parlachines los ojos y con un peinado de moda... muy chulón. Luce una falda clara cortita, medias y zapatos blancos de lona, una blusa azul-celeste con escote en punta, y unos peinecillos de piedras falsas, que rebrillan sobre la negrura sedosa del pelo, ondulado y en forma de melena.

"El" la viene siguiendo desde la plaza de Chamberí, con la gorrilla ladeada, las manos en los bolsillos del pantalón y el cigarro en la boca. Al llegar a la Glorieta se... decide.)

—Joven... ¿se le puede a usted acompañar e... *interviuar*?—le ha dicho bajito, poniéndose a su lado.

—¡No, señor!—contesta ella, sin mirarle ni dejar de abanicarse nerviosamente.

—Oiga, joven... ¿Lleva usted mucha, mucha prisa?

—¡Sí, señor!

—¿Es que... va usted a coger el tren de las siete, por un casual?

—¡Sí, señor! ¡Ese mismo!...

—¡Qué lástima que se vaya usted fuera!... ¿Y a dónde, si no es mal preguntao?

—¡A un pueblo que se llama *Villapelmazos* y que lo debe usted de conocer la mar!...

—¿Es... pitorreo?

—¡Es... cabeza de partido!

—¡Me ha gustao el... *golpe*!

Se ha hecho una pausa.

—¡Tiene usted mucho calor, nena, y... lo mismo digo. ¿Qué le parecería a usted que en ese kiosco refrescante del *boulevard* nos tomásemos dos *quinces* de algo?

—¡Estoy a régimen!

—¡Qué penal!...

—¡Oiga... sobre todo estése usted quieto con el codito!...

—¡Usted perdone ¿Es que va usted a llamar a los guardias?

—¡A los guardias... pa qué! ¡A mí no me hacen falta los guardias pa darle a usted una bofetá que le visto de torero, si se sale usted de la «orden del día»! ¿S'ha enterao usted?...

—¡Olé, las... chamberileras!

—¡Ni chamberilera ni... ná! *No tocar. Peligro de muerte.* Y sino de muerte... de que le hinchen a usted un ojo, por sinvergüenza. ¿Qué le ha parecido a usted?...

—¡Que así hablan las mocitas decentes y que... me ha entrao una alegría muy grande de oirla a usted hablar así! Porque lo que un servidor ha hecho ha sido una experiencia, una prueba pa saber lo que daba usted *de sí*... ¡Hay tanto de lo *otro*! Dispense, joven, y... conste que pa mí es usted sagrá.

—¡Está usted dispensao!

—¡Míreme usted siquiera para decirme!...

—¡Me perjudica a la vista ver *cosas raras*.

—¡Sí que es usted... de «abrigo»!... Y

el caso es que con todo eso me gusta usted un rato largo...

—¿De... verdad? Pa mí que usted me ha tomado el número cambiao, que se ha creído usted que yo era una *souper-tanguista* de... incógnito, y no es por ahí!

—¡Está usted equivocá! ¡Hace tiempo que sé que es usted una chica formal!

—¡Que no le quepa a usted duda de eso!

—¡Y muy gitana y muy bonita!

—¡También hay algo, sí señor! ¿Y qué pasa en Cádiz?



—Pues pasa... que aunque yo me he hecho el «longuis», la conozco a usted, y me parece que usted a mí...

—¡Qué me cuenta usted!...

—¡Sin chunga, ea!... ¡Usted se llama Orosia Pérez... vive usted con su madre al lao de la Glorieta de los Cuatro Caminos, trabaja usted de plancha en un

obrador de la calle del Humilladero, tié usted una hermanita más pequeña, un hermano soldao, que esté en Larache y...

—¡No prosiga usted!... ¡M' ha hecho usted el padrón! Pero, ¿y usted quién es? Quién le ha dao a usted los datos pa ese *reportaje*?...

—Yo soy Aurelio García, pa besarla a usté los pies, ¡esos pies que son un par de almendras de Alcalá!

—¡Exagerao!...

—A mi maestro puede que lo haya usté oído de nombrar, Tancredo Manzano...

—¡A ver!... ¿Quién no ha oído hablar de *Don Tancredo*?

—¡Si va usté a seguir pitorreándose... enmudezco!

—No; siga usté, que tengo la mar de curiosidad...

—¡Pues como decía, mi maestro tuvo el taller de zapatero casi junto ande viven ustedes... Hace un año le tocó la lotería y puso un *tupí*, del que es encargado un servidor...

—Arrea... ya sé quién es su maestro; el *Bimba*!

—¡Ese!...

—Y usté un amigo de mi hermano Paco, de quien me hablaba mucho antes de irse a servir al Rey. Usté vivía con su madre, que era muy vieja.

—Ni más ni menos...

—Y no se casó usté por no separarse de ella y darle gusto, ya que no quería que se casara usté...

—¡Eso mismo! ¡Pero la pobre se murió hace dos años!

—Lo sentiría usté la mar ¡claro!

—¡Usté verá!

—Yo también lo siento.

—¡Gracias, Orosia! ¡Qué se le va a hacer... esa es la vida! Ahora estoy solo... muy solo. ¡Y porque estoy tan solo y porque ya cumplí con mi madre (q. e. p. d.), quisiera... no estar solo!

—¡La *sotución*, *mañana*, como dicen en las hojas del almanaque!...

—¿No me ha entendido usté?

—¡Ni gota!...

—Pues yo quería decirle a usté... por ejemplo: Joven: ¿tiene usté compromiso con algún hombre? Y si usté me respondía: No, señor. Yo agregaba: ¿Lo quiere usté tener conmigo?

—¿Y pa qué?...

—¿Cómo que para qué?... ¡Pues para querernos toda la vida y reirnos del mundo y de lo caro que están las subsistencias! Unos meses de tonteo, cuatro bailes, cuatro verbenas y... ¡a la Vicaría!

¡Ah... ya! Eso último es lo que yo quería saber. Vamos, que quería enterarme *por dónde* venía usté... Es otra experiencia, otra prueba...

—¡Y... qué!

—Pues... ná.

—¿Ná, ná?

—¡Pchs... ná!

—¡Tié usté razón... uno es ya demasiado viejo para una mocita como usté. Treinta y dos años son muchos años para una chavala de dieciocho aunque uno se sienta joven y no esté para que lo exhiban en el Museo Arqueológico! A usté la gustarán los chavales... ¡natural!

—¡Pues s'ha colao usté, porque no me gustan los «cachorros», sino los hombres hechos!... ¡A mí me gustaría pa marido un hombre muy hombre, más formal que yo, más castizo todavía que yo, que me *mandase* y me *achicase*, queriéndome mucho! Y conste que le he dicho a usté que... ná, pero ná no es... «no»...

—Ni... «sí». ¿Me lo da usté?...

—¿L'hace a usté mucha, mucha falta en este momento?...

—¡Mucha!...

—¡Es... que voy al obrador y lo quería pensar hasta mañana!

—Como usted quiera, pero... ¡qué duda cabe que esta noche la paso desvelao y desasosegao, cavilando «qué habrá pensado usted»!...

—¡Ay, eso no... Aurelio. Malito por mi culpa, no!...

—¿Entonces?...

—Ya lo sabe usted... todas las tardes, a las siete, paso por la Glorietal...

—¿Y...? (ha murmurado él, suplicante.)

—¡Y... *hasta mañana*, y... que *duerma usted muy bien!*

—¡¡ ... !!

Curro Vargas

Divulgue Vd. entre sus amistades esta Revista. LETRAS REGIONALES fomenta la literatura regional de España, contribuyendo eficazmente a engrandecer la Patria unida y la Región propia.



POR ANTONIO PORRAS

Es en la víspera de la Virgen de Agosto, año de 1567, y al filo de la media noche. Medina del Campo duerme en la llanura castellana. Un carro, al cruzar por el egido a tales horas, despertó a un hombre que dormía en la era, sobre la paja, tapado con una manta. Este hombre despertó a causa del sordo traquetear de la carreta, se destapó la cara que tenía cubierta con la manta—se dejaba ya sentir el fresco de la madrugada—y levantó soñoliento la cabeza. Vió un carro que marchaba con lentitud por el carril. Vió el cielo raso en el que brillaban las estrellas. Rehizo su postura, volviendo a taparse con la manta, y tornó al hilo del sueño interrumpido.

El carro alcanza las sombras de las

primeras casas. Ladra un perro. Y vuelve el silencio de la noche.

Por no hacer ruido, por no turbar el silencio en que el pueblo se envuelve, para el carro allí cerca, en el Monasterio de Santa Ana, amparado en las sombras más densas que viven junto a los paredones Bajan del carro nueve figuras humanas envueltas en telas que les caen de la cabeza hasta los pies. Las nueve figuras andan hacia el grueso de la población. El carretero maniobra en los arrees.

Un leve ruido blando, como un removerse de la sombra, cruzó la calle: era una zumalla volando tras de un escarabajo. Vislumbróse el ave, y se escuchó antes, el bordonear de las alas del insecto.

Un poco más allá, en un ensanche remansado de la luz nocturna viéronse más claramente las figuras: eran siete monjas y dos frailes. Las siete monjas y uno de los frailes andaban como si fuesen un poco entumecidos a causa del largo caminar.

—Padre Julián; qué garbo tiene vuestra paternidad en su paso—dijo una de las monjas, que iba al centro, como quien con la burleta halla consuelo y ánimo en contra del cansancio.

Y el Padre Julián de Avila contestó, animado por la salida de la monja:

—Madre Teresa: desde Avila hasta aquí, con tran bravo aparejo como trajimos...—y sonrió.

El otro fraile, que no daba muestras de entumecimiento pues se les unió muy vencido el camino, decía afanoso:

—Sí, sí; la casa concertada es bastante. Tiene un portal donde puede hacerse una Iglesia pequeña con sólo aderezarle con alguños paños.

Y Teresa, la monja romera y andariega avivó el paso y dijo con dulzura alegre.

—Dios lo querrá.

Ahora el silencio de la noche, se vió turbado por un ruido creciente.

—Yo sentí hace un rato algo.... —dijo una monja con recelo.

El ruido se aclaró en un estrepitoso cencerreo, voces, y bramar de toros. Las monjas y los frailes apretaron el paso llenos de cuidado. Y tué hasta misericordia del Señor que, mientras caminaban hacia la casita, no topasen con alguno de aquellos toros que a esa hora encerraban para correrlos al siguiente día, festividad de nuestra Señora de la Asunción...

La casita era vieja y maltrecha ¡Dios mío, arto maltrecha! a tejavana; sin embarrar las paredes; y el portalillo, que había de ser Iglesia, a medio derruir los muros de aislamiento y con el terrizo suelo jiboso como alcor. Mas se improvisó un retablillo y colocóse allí su Divina Majestad. De tal modo estaba aquello que ponía compasión ver al Señor como quien dice en medio de la calle.

Venciendo dificultades estaba la madre Teresa cuando acertó a pasar por allí un fraile de poca edad, y venía con otro compañero y le dijo a la madre Teresa grandes cosas de la vida de ese fraile y también le dijo cómo se llamaba.

El fraile era menudito. En sus ojos, que no en su cuerpo, echábase de ver que andaría al finar del primer lustro después de la veintena de sus años. Y era de pocas palabras el frailecito menudo de cuerpo.

La madre Teresa recibió mucho contento de este padrecito, a pesar de que estaba con los del *pañó*, esos carmelitas calzados que tantos sinsabores le acarrearón.

A preguntas de la monja contestó el padrecito:

—Yo, madre, quisiera entrar en los cartujos.

—En todas partes se puede servir a Dios; mas padre ¿si hubiera Manasterio de descalzos con todo el rigor de la primera regla?—y centellearon los ojos de la monja.

—¡Oh!—dijo con alegría el padrecito, y añadió como si se le tardase:

—¿Cuándo?

Madre Teresa le respondió con dulce y sonriente seguridad:

—Cuando el Señor nos provea de Monasterio.

El frailecito dobló la cabeza, huído su entusiasmo por la lejanía de lo que ansiaba, y Madre Teresa le miró bañándose en dulzura, al acariciar su proyecto de un Monasterio de descalzos, proyecto para el que nada había, que estaba aún en matas y por rozar.

Fray Juan de San Matías, tal era el nombre del frailecito, conversaba con la monja y le decía mucho bien de Don Alfonso Alvarez de Toledo, señor muy principal de Medina, que le ayudó en su vida y estudios, llevándole primero al Hospital de Medina, luego a Salamanca, y por fin al Convento de Santa Ana de la misma población. Fray Juan de San Matías, hablaba con la cabeza inclinada ligeramente a un lado y un poco hacia abajo, como si no mirase a ninguna parte.

La monja Teresa, que le doblaba la edad, le consideraba atenta; daba alguna orden relacionada con el decoro de la pobre casa que fundaba y tornábase al frailecito. Y hablaba dulcemente y persuasiva... Cambiaba luego el tono por uno de firmeza y seguridad que dimanaba de algo que no tenía realidad alguna. Por esto sonreía cuando Fray Juan levantaba en tales momentos sus ojos por los que pasaba como un fulgor de ansias. Sonreía la monja: ¿dónde los medios para su fundación de descalzos? No había señales materiales por lado alguno; pero Dios proveería. Y Fray Juan seguía, seguía la charla de la monja Teresa.

—Padre Juan ¿habéis dicho algo de vuestros propósitos al prior de Santa Ana?

—Sí, madre. Fray Antonio es un santo varón.

Al separarse, Teresa levantó sus ojos a los cielos: Ya tenía algo para su Monasterio de descalzos ¡oh Señor! ya tenía fraile y medio; Fray Antonio, prior de Santa Ana, uno; y medio, este pequeñito, de poco y misterioso hablar, de gran modestia, y que con toda insignificancia exterior atraía de modo singularísimo, ligando a él las personas con ese respeto y sobrecogimiento afables de que uno se siente invadido cuando se sitúa frente a la alta y encumbrada cima... ¿qué dice el picacho del monte envuelto en tinieblas irisadas del sol?... El frailecito pequeño, fray Juan de San Matías... Y sonrió dulcemente madre Teresa: Ya tengo algo, como quien se dice, ya tengo un libro de cuentas para cuando tenga hacienda de que llevarlas. ¡Pero, ya vendrá todo! ¿verdad, Señor? Y veía en su adentro la figura del frailecito que sabía mucho.

* * *

Fray Juan, esperaba en Santa Ana, lleno de anhelos que le manaban como miel.

Y fué en agosto d 1568, cuando la monja Teresa llegó a Medina viniendo de Avila en ruta hacia Valladolid.

El prior, Fray Antonio, abrió mucho los ojos. Fray Juan de San Matías, muy sereno, escuchó:

—Entre Avila y Medina, mas no tan al paso que no erráramos el camino, está Duruelo. Un caballero de Avila llamado D. Rafael, me ofreció una casita que tiene en el lugarcillo para un rentero, que coge el pan de renta que allí tiene D. Rafael.

Antes de que Fray Antonio lleno de júbilo dijera palabra, la monja Teresa prosiguió:

— Mas es tál la casita, y tan faltos de medios estamos para acometer su reforma, que no habrá espíritu, por bueno que sea, que allí pueda morar.

Y al decir de lo pobre y mala que era la casita, lo hacía con tal entonación interior, que más parecía hablase de palacio que de casucha inhabitable. Al menos Fray Juan, con tal entonación lo oía. Por ello, entre el frotar de manos y la ruidosa alegría de Fray Antonio, él miró firme a la madre Teresa. Y con ella partió a Valladolid, donde aquella iba para la fundación de un Monasterio de Descalzas.

Fray Juan iba metido en un ángulo del carro como si recogiera más aun sobre sí su personilla para alivianar el peso de la carga. Madre Teresa le preguntaba algo y él respondía siempre ciertamente, volviendo luego a su silencio.. Caminaba el carro. En la llanura parda a floraba el granito.

Durante los trabajos de Valladolid, la Madre Teresa instruía a Fray Juan sobre cuanto convenía a la próxima fundación de Duruelo; y repetía los dichos hasta la saciedad y se hacía pesada insistiendo. En algunas ocasiones la monja enojábase e impacientaba con el frailecito. Mas ante las insistencias y salidas del vivo genio de la Madre Teresa, Fray Juan tenía el mismo gesto de dulzura, amplia comprensión y alegría reposada. Sus frases eran más breves y contundentes.

Este Fray Juan habla poco; mas cuando habla derriba una muralla—y sonrió Madre Teresa al formular para sí este juicio.

Otras veces insistía con Fray Juan, sobre difíciles puntos doctrinales y a lo mejor el padrecito salía con un dicho breve y dulce, mas con un ritmo interior de firmeza, como el del cazador fuerte que regresó de cazar puntos matemáticos en el espacio infinito.

Vaya con *Senequita*—se dijo sonriendo en una de estas ocasiones Madre Teresa.

Y por ello fijaba en él su atención, mirándolo llena de gozo, como se miraría a un niño que, con toda naturalidad, aventase pepitas de oro jugando con la arena, mas el niño ¡oh!, y lo veía madre Teresa, tenía un mirar interno con el que leía muy egregias y grandísimas cosas... Senequita...

* * *

Fray Juan de San Matías era pequeño y más aún lo parecía visto en el estrado de la casa de Don Francisco de Salcedo, bajo aquellas recias vigas del techo, y junto a los recios y amplios sillones alineados al largo de la pared encalada.

El Sr. de Salcedo abrió la carta de Madre Teresa. Luego hizo servir a Fray Juan un refresco de aloja,—el día septembrino era caluroso—. Y, dadas las prisas del frailecito, que las expuso sin aire de ser tales, pero él no se detenía, proveyóle de un asnillo y un aprendiz de alarife. El asnillo para llevar alguna herramienta y el aprendiz para recomponer someramente lo más indispensable en la casita de Duruelo.

Caía el sol en la llanura castellana. Los peñascales graníticos eran cubiertos de líquenes gris-plomo. Delante marchaba el aprendiz montado en el

asnillo. Volvía la cabeza y ofrecía montura al padre Juan:

—Padre, ¿quiere vuestra paternidad dar una culadita?

—Gracias. Yo voy a pie con mayor gusto.

—¿No quiere?.

—Gracias. Soy de infantería—y Fray Juan, ante esta salidilla juguetona de su dicho, sonrió, pues la enlazó, inconscientemente, con algunas oídas a Madre Teresa.

Se tendía bajo el sol, el sequerón de la llanura. La tierra era parda, bermeja a trechos, y a trechos era color de lino a medio curar: de los pastizales tostados por el sol.

La mirada de Fray Juan se expandía llena de fervoroso anhelo. Acariciaba la casita terrera perdida, en su gris pardo, entre el mar pardo-gris de la llanura. Unos chopos, tres, cuatro, viejos, centenarios chopos llevaban al cielo, en un anhelo gótico, el ansia de la llanura que ellos bebían en las escasas humedades del arroyo... Erguíase Fray Juan, el pequeñito, ahora que estaba solo en la gran llanura, que el oficial había traspuesto un alcorcete, y su erguimiento era humilde como el de aquel que crece para tener más rodilla que doblar en loor a lo que adora.

Caminaba Fray Juan.

En un repecho verdearon las esmeraldas de unas viñas. Tras del alcor se alzó una columnita de humo.

—¡Padre! ¡Allí, por donde sale el humo!—voceó el aprendiz de alarife.

Y Fray Juan se conmovió en todo su ser. ¡Allí estaba Duruelo!

* * *

Aquel padrecito que iba siempre descalzo, que arreglaba la casita pobre; que hacía cruces de palo (¡oh! no había nada sino una grande voluntad) que aguantaba gozoso las inclemencias del tiempo, era el padre Juan, decían las mujerucas de Duruelo, de arrugas blancas en sus frentes. Los hombres de manquera, como cascarones de árboles, lo decían también; también, las viejas como calabazas que se curaron al llar con humo de muchos años; y también los niños, estatuillas de tierra cocidas al sol.

* * *

Cuando Fray Juan de la Cruz, antes fray Juan de San Matías, era Capellán en San José de Avila, la Madre Teresa se afirmaba en su dicho. Senequita ¡oh y más y más!

En 1576 fué preso por los Carmelitas Calzados Fray Juan, y le encerraron en la prisión que aquellos tenían en su Monasterio de Toledo. El padrecito siguió dulce como siempre y parco de palabras. Los azotes propinados por los del paño le recogían más dulcemente a su interior. Las viandas cargadas de sal que le daban para comer, a fin de mortificarle, pues luego le negaban el agua, excitaban la sed de Fray Juan, una sed que, en los dos años que duró su prisión, creció a raudales que rompieron en agua.

¡Oh la sed de Fray Juan de la Cruz!:

¿A donde te escondiste
Amado, y me dexaste con gemido?
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando y eras ido.

¡Y el raudal de aguas que manaba al fin, cuando ya Aminadab, el diablo, se retiraba vencido y los enemigos todos caían hacia las serenas inmensidades de la mar!

Que nadie lo miraba.
Aminadab tampoco parecía
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía

Senequita, Senequita. ¡Y tanto!

Madrid.

Antonio Porras



“Letras Regionales,, une su voz de júbilo a la de todas las publicaciones españolas, con motivo de la gloriosa hazaña del “Plus Ultra”, que tantos patrióticos vitores ha levantado en el mundo, para honor de los héroes y prestigio de España.

Bonilla San Martín

Falleció recientemente el insigne polígrafo D. Adolfo Bonilla San Martín, académico de la Española y autor de muchos y buenos libros.

Banquete en honor de Suárez Somonte

En el Liceo de Mérida se ha celebrado muy recientemente un banquete en honor del Director General de Primera Enseñanza, Sr. Suárez Somonte. Este, en elocuente discurso, cantó las virtudes de la raza extremeña, y aludió a su visita al ruinoso teatro romano, donde en la escena milenaria hizo que el poeta extremeño Juan Luis Cordero recitase sus versos, que reflejan nuevas inquietudes, pareciéndole que Extremadura surge para ocupar el lugar que le corresponde en la Historia.

El Museo Etnográfico de Aragón

El Sindicato de Iniciativas y Propaganda de Aragón se ha dirigido en instancia al Gobierno, haciendo constar que, hallándose en el castillo de la Aljafería, como muestras de nuestra pasada grandeza, el salón del trono, la sala del Consejo privado y el despacho del rey Fernando II de Aragón, dependencias que tiene destinadas el ramo de Guerra a depósito de armas, sería conveniente que acordase fueran desalojadas para establecer en ellas un Museo Etnográfico de Aragón.

En honor de Pérez Lugín

A propuesta del alcalde la comisión municipal permanente acordó nombrar a D. Alejandro Pérez Lugín hijo adoptivo de Sevilla.

LA TIERRA VIEJA

POR MARIA SEPÚLVEDA

I

SIEMPRE que el tío Rufo oía aquello ponía cara de juez y desde que se había convencido de que le faltaban argumentos para rebatir las razones a su entender tan absurdas, que daba Perico en defensa de su opinión, callaba como un muerto.

Pero lo malo era que Perico se empeñaba en hacerle hablar, insistiendo en lo mismo, siempre en lo mismo.

—Desengáñese usted, padre, aquí en el pueblo se vive mismamente como las bestias, sin ilustración ni cultura, para comer nada más y eso, poco. Bien estaba esta vida para otros tiempos de menos adelantos; pero ahora todo le lleva a uno a las grandes capitales donde se gana dinero, y se disfruta de cosas que aquí ni se conocen, y hay trato con gente ilustrada y buena comida y teatros y *cines* y todo cuanto puede uno desear.

El Rufo se callaba.

Al principio había defendido su mísera pero apacible existencia aldeana, la tranquilidad del hogar campesino, los encantos de la tierra que año tras año venía labrando, recogiendo de ella abundantes cosechas que trajeron el bienestar a su casa. ¿Cómo comparar esta vida con la que Perico describía? Imposible; pero a él no le gustaba otra, no había nacido para ser más que lo que era: un labrador.

Hubo dos o tres discusiones entre padre e hijo y el tío Rufo tuvo que con-

vencerse de que Perico le dejaba atontado. Tenía una facilidad de expresión, un modo de explicarse, de pintar las cosas según él las veía, y además una ilustración que se manifestaba en forma de argumentos absolutamente desconocidos para el Rufo, que éste acababa por decir:

—Tendrás razón, hijo, pero a mí no me convences.

Y era verdad. Después de oír las verbosas peroratas del mozo, su ardiente defensa de la vida en la capital, quedaba él, si cabe, más apegado que antes a su aldea, a sus campos, a su vivir obscuro. No sentía ni siquiera deseo de conocer la gran ciudad de la que el hijo venía contando tales maravillas.

Eso sí, un día se enfadó de veras con Perico, tan de veras, que éste no osó volver a hablarle de *aquello*.

—Lo que debía usted de hacer, padre—habíale dicho el mozo—es vender la «tierra vieja» a don Celso que anda encaprichado con ella y se la pagaría bien, y con eso y lo que diesen las tierrecillas de la vega, hacían ustedes un capitalito y se venían a vivir a Madrid, tan sosegados y contentos, conmigo.

El tío Rufo no pudo al pronto contestar nada; tál fué la indignación que sintió, la angustia, la pena de pensar que su hijo pudiera pensar y decir *aquello*.

Al fin, encendido el rostro, convulso, trémulo, balbuceó:



—¿Ven... vender yo la tierra vieja?...
¿Pe... pero sabes lo que dices? La tierra
vieja la he compraó con mi trabajo... la
vengo labrando hace más de treinta
años... es tó lo que tengo... tierra más
rica no la hay por aquí... Venderla...
venderla...

Hubiera dicho muchas más cosas que
sentía allá dentro del pecho, hubiera
querido demostrar la dolorosa sorpresa
que aquellas palabras en labios del hi-
jo le causaban, pero el tío Rufo era tor-
pe de expresión, no acertó más que a
enfadarse como nunca se había enfa-
dado.

—Bueno, padre, bueno, no se ponga

usted así... no tuve intención de ofen-
derle—exclamó Perico.

Pero desde aquel día el tío Rufo le
miraba con recelo siempre que volvía a
hablar del asunto y luego a solas pro-
testaba del empeño que tenía Perico de
llevárselos de la aldea:

—Que se le quite de la cabeza—de-
cía para sus adentros—lo que es yo, de
aquí no salgo. A los cuatro días de no
ver estas tierras y estos cerrillos me en-
terran.

II

Venía el año muy bueno y el tío Ru-
fo, contemplaba satisfecho la mies que

ya comenzaba a amarillear en «la tierra vieja».

—El doble podías sacar de ella si te dejases de brazos y metieses máquinas y buenos abonos, e hicieses la siembra como la hago yo... —le decía don Celso muchas veces.

El tío Rufo se negaba a todo lo que fuese innovación y seguía labrando su tierra a brazo, dejándola descansar a la mitad de ella cada año, y admitiendo únicamente la ayuda de dos segadores y del chico que tenía en casa para suplirle [en lo que él ya por sus años no podía hacer.

Había soñado conque no necesitaría de servicios pagados, sino que serían sus hijos los que regarían aquellos surcos con el sudor de su frente, como los había regado él, y reemplazarían con sus brazos jóvenes, robustos, las energías que le iban faltando; pero quedó todo en sueño.

De los tres hijos varones que tuvo, uno había muerto niño; otro, su predilecto, el que amaba «la tierra vieja» tanto o más que él, tuvo que dejarla para ir a Africa y no volvió... lo reclamó la Patria para sí y él se lo dió todo, hasta la vida. Por último el tercero, Perico, había demostrado desde chico afición a tener un oficio, a ganar dinero, y de resultas le disgustaba la vida de labrador, el rudo trabajo de la tierra. Vivía lejos de ella, en la capital, y el tío Rufo presentía en aquel hijo, instruido, pulcro, que ganaba espléndido jornal en su oficio de mecánico, un extraño, casi un enemigo.

Se había casado por Pascua y les trajo la nuera para que la conocieran.

La tía Andreíta, que estaba «mú can-

sina» de tanta pena como había tenido, y tan «acabá» que parecía una ancianita de puro consumida y encorvada, recibió a la nuera con todos los honores; blanqueó la casa, dió un repaso a las sartenes que relucían como si fueran de oro en la cocina, sacó del arcón las gruesas sábanas de hilo con encajes, y sacrificó dos pollos de los mejores que tenía en el gallinero.

Por su parte el tío Rufo se dispuso a mostrar a la mujer de su hijo «la tierra vieja»—... su orgullo.

La Jacoba que era una modistilla de Madrid muy linda y tan recompuesta y atildada como una señorita, se mostró cariñosa con sus suegros, pero con cierto aire de superioridad.

Si el tío Rufo se había hecho ilusiones de otra cosa, debieron venir todas a tierra cuando le oyó decir:

—Yo con los pueblos no quiero nada, que me den mi Madrid de mi vida para todo... Sí se vinieran ustedes allí, habían acabado de pasar fatigas, y tan ricamente como vivirían con nosotros...

Al ver «la tierra vieja» lo único que se le ocurrió fué exclamar:

—Tánto trabajo y para no salir de pobres... La tierra es muy ingrata.

El tío Rufo sintió impulsos de arrojarla de allí, como a una intrusa que osaba ofender algo sagrado... íntimo, algo que se estremecía ante aquella injusta afirmación.

III

Lo peor del caso fué que la tía Andreíta no se mostró de acuerdo con él cuando la hizo partícipe de sus sentimientos.

—No pienso como tú. Perico tiè ra-

zón al decir que se gana más y se vive mejor allí. Claro que pa nosotros los viejos no es aquello, pero pa ellos que son jóvenes, sí, aquí no serían más que lo que semos nosotros, unos probes... y ya les ves, paecen unos señoritos...

En la tía Andreíta hablaba más alto el cariño de madre, que el amor a la tierra. No se decidía aún a revelar su deseo, pero apuntaba ya la idea de que el hijo pensaba mejor que el padre, porque lo que aquél decía abría ante sus ojos la risueña perspectiva de vivir junto al hijo adorado que tanto echaba de menos.

Cada vez que llegaba carta de Peri-

co, la tía Andreíta lloraba a escondidas del marido, que se enojaba si la veía afligida. Pero aunque no le viera, adivinaba su secreto pesar, su deseo de marcharse a la capital, y aquel anhelo de la vieja le causaba a él una angustia muy grande, muy honda. Ibase ahora por las tardes a «la tierra vieja» que estaba recién sembrada y se pasaba largos ratos en muda contemplación de los surcos que se abrían húmedos aún por la lluvia, blandos, jugosos, guardando en la fecunda tierra los granos de semilla que habían de germinar luego en la incesante renovación de la naturaleza. ¡Amaba tanto aquella tierra de



sus afanes y esperanzas, regada por el sudor de su frente, año tras año, y al fin, suya! Dijérase que en ella había parte de su vida y que aquellos trabajos, aquellos mismos sinsabores que trajeron los años malos, cuando la tierra le negó sus frutos y se angustiaba pensando en el granero vacío y en cómo pagaría la renta, la habían hecho más suya, más amada...

Y sin embargo...

Por Noche Buena llegó carta del hijo anunciando la venida del primer nieto.

—Ahora sí que hacía falta que se viniera usted, madre—escribía—. No sé qué me parece pensar que no van ustedes a compatir de cerca nuestra dicha.

La tía Andreíta lloró al leer esto sin disimulo alguno. El tío Rufo guardó silencio, pero allá en su interior algo lloraba también.

.

—¿Cómo es que por fin te decides a deshacerte de la tierra?—preguntó don

Celso cuando hubieron convenido el precio.

—¡Qué quiés! El hijo tira pa allá... Estamos aquí mu solos la mujer y yo, y ya semos viejos...

No quiso dar más explicaciones, ni hablar más. Las pocas palabras que había pronunciado, le costaron un gran esfuerzo.

Apuella mañana, bajo la tibia caricia del sol, había estado por última vez en «la tierra vieja» para despedirse de ella y venía con una sensación de desconsuelo, de angustia, que le ahogaba.

Había llorado, él, un hombretón recio, fornido, como no recordaba haber llorado desde que le mataron al hijo en la guerra y aún le duraba el sabor amargo de las lágrimas, aún creía sentir el extraño temblor que sacudió su cuerpo cuando se arrodilló para besar emocionado la «tierra vieja» que abandonaba y con la que hubiera querido confundirse en un abrazo que la abarcase entera...

María Sepúlveda

DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

POR C. CACAL

Hoy ya no se acostumbran en Asturias, pero hasta ayer todavía se celebraban varias peticiones en ciertas fechas del año... La más arraigada aún, la que aún suele encontrarse alguna vez, pero ya como excepción, es la que hacen casados y solteros el Miércoles de Ceniza. Van juntos; se reúnen a la tarde; corren primeramente las aldeas, que se recogen más pronto, y se llegan a la villa en las primeras horas de la noche. Reciben lo que les den: en la aldea, chorizos y tocino, castañas y pescado, fruta y pan... Se tiene a obligación el responderles cuando llegan a la casa, y en algunas hay diálogos así:

—¿Queréis un huevu...?

—¡Todo viene bien...!

Y aun en algunas así:

—Yo no tengo más que pan...

—¡Pues venga un cachu...!

Llevan un trapo rojo de pendón, y cantan de esta manera:

—Pa 'l entierro la sardina
que murió de golosina...

A veces es mayor el alboroto; ponen una sardina en una caja, ponen ésta en unas andas, y se cargan las andas, entre cuatro. Uno de los que asisten va de cura—unas enaguas por alba, y a modo de casulla un papelón; en el bonete lleva otra sardina—. Los demás, hacen de coro, salvo tres, el escribano, el notario y el que llora... El notario comienza el testamento que la sardina dictó:

—Para don José Menéndez,
una peral que dé figos,
y una figal que dé peres...

El coro comenta así:

—Apúntelo usté,
señor escribano:
apúntelo usté,
con la pluma en la mano,
tintero y papel...

Y el llorón, con la boca o la «turulla»:

—¡U-u-u-uh...!

En seguida, nueva manda:

—Para don Pedro Montoya,
un tiro de tres caballos
que por todas las pendientes
vayan desbocados...!

Y el coro, con tono fúnebre:

—Apúntelo usté,
señor escribano,
apúntelo usté...!

Y el de la «turulla»:

—¡U-u-u-uh...!

Al acabar se juntan en un chigre y celebran una cena; pero a ésta no convidan a las mozas, y si baila algún mozo, es con «tambor».

Antaño, la sardina se enterraba en la misma capital; a veces era sardina, y a veces era una «vieya».

—...A gálamos va la xente
pa dar sollotu a la fiesta,
despidiéndose d'Antroxu
y solliviando a la vieya...

Ahora bien: el «hacer vieyas» se unía en el siglo VII—y claro es que en los siglos anteriores—al «hacer ciervos» o al «hacer el ciervo»—porque de los dos modos se decía—. Y la Iglesia condenaba en una conminación ambas costumbres:

«—... Nullus in kalendis Januariis...
vetulas aut cervulos faciat...»

«In kalendis Januariis...» — el primero de Enero.

Y la procesión burlesca que se celebra en Asturias el Miércoles de Ceniza, la celebran los gallegos en las Calendas Januarias, con un pelele de paja al que cantan con toda gravedad para quemarlo después. Es la «vieya». Lo llaman el «Antroido», y representa el año que concluye... Luego, en el Carnaval, torna la historia: hacen un carro, le uncen unos burros, tienden en él un muñeco, lo llevan en procesión, y le hechan un sermón de tomo y lomo, cuajado de desvergüenzas... El muñeco es el «Antroido», hecho de paja...

El Antroido, la «vieya», el Carnaval, el aguinaldo de enero, la cuestación de febrero, la sardina...

Y todo es uno y lo mismo.

* * *

Y uno y lo mismo, las Marzas. Ya desaparecieron en Asturias; pero claro es que existieron, inevitable, irremediablemente. Se piden todavía en Santander, y los mozos que las piden se denominan «marceros». Salen con este objeto por los pueblos en los principios de marzo, y algunos llevan un «guirrio»; allí no se le llama de este modo; se le llama «ramasquero», por la rama de acebo que maneja y a la vez zamarrasquero, en opinión de algunos escritores, porque se cubre de pieles. Lleva cencerros, se retuerce, salta, y los hace sonar a cada paso.

—¿Dan Marzas...?

Y comienzan a cantar:

—No es descortesía
ni es desobediencia
en casa de noble
cantar sin licencia:

si nos dan licencia,
señor, cantaremos:
con mucha prudencia
las marzas diremos...

Pero, no obstante, preguntan, como los pedidores de aguinaldo:

—¿Cantamos o rezamos, o qué hacemos...?

Y si les mandan, rezan, por las Animas. Y si no, cantan romances, y cantan generalmente «Los sacramentos de amor», que en Asturias se dicen de este modo:

—Los sacramentos de amor,
niña, te vengo a cantar,
que te pongas atención,
que los voy a comenzar.
El primero es el Bautismo,
ya sé que estás bautizada,
porque te bautizó el cura
para ser mi enamorada.
Segundo, Confirmación,
ya sé que estás confirmada,
que te confirmó el obispo
para ser mi esposa honrada:
el tercero es Penitencia,
la que me echaron a mí,
que el estar contigo a solas
no lo puedo conseguir:
el cuarto es la Comunión,
la que dan a los enfermos:
también me la dan a mí,
que por ti estoy padeciendo.
El quinto es Extremaunción,
de extremo a extremo te quiero:
me meto por esas calles
que ni duermo ni sosiego:
el sexto es el del Orden,
yo cura no lo he de ser,
que en la vida del amor
toda mi vida estudié:
y el séptimo es matrimonio,
que es lo que vengo a buscar:
que aunque tu padre no quiera,
contigo me he de casar...

Y también les dan especies y dinero. Y también se reúnen a cenar, y tienen el barullo consiguiente... La hora precisa de pedir las marzas, era ayer, y parece que lo es hoy donde vive más pura la costumbre, la noche de la víspera de marzo...

C. Cabal

CANCIONERO POPULAR

LA ORACION

POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

CÓMO fué aquéllo?
¡Oh, Dios mío! ¡Quién sabe cómo fué aquéllo!... Aquéllo que defraudó todas las esperanzas, que derrumbó los castillos de naipes de todas las ilusiones, que alteró todos los cálculos, burlando el resultado lógico, seguro, basado sobre años de experiencia y acervos de sabiduría, que prometían seguridad, paz, abundancia...

El mar estaba en calma, desmayado, somnoliento.

Los cielos, acariciados ya por los primeros aleteos de la aurora, apagaban sus altas almenaras y trocaban sus nocturnas vestes de fosco velludo por otras, joyantes, de claro zafiro. Amanecía. Mares y cielos, en lontananza, en el luminoso horizonte radiante, celebraban sus desposorios con un diamantino beso, todo pureza, todo luz, todo serenidad.

En la playa, amodorrada aún bajo los últimos pliegues del manto de la noche, negreaban las barcas pescadoras, prestas a lanzarse a la conquista del pan de plata de las aguas, mal pagador de los panes de oro de la tierra, que son, ¡ay!, no pocas veces, negro y amargo pan, amasado con lágrimas y con sangre.

Todo hacía prever un ubérrimo día... Floreció en los labios la canción, que se abrió en los aires como una rosa de púrpura... Un gallo madrugador, disparó a las sombras que, vencidas, huían velo-

ces, la saeta de coral de su canto retador y bravío... El suave toque de «Angelus» tembló en el espacio, ungiéndolo de piedad...

«¡Bendita sea la luz del día,
y el Señor que nos la envía!...»

* * *

Allá van las barcas, desplegadas las velas de nieve, que el padre Sol dora con sus besos. Allá van las barcas, cual bando de gaviotas, surcando, raudas, la inmensidad azul... Cabrillean las ondas jugueteando con las proas bajantes. Perezosas las popas, se hunden en estelas de espumas, labradas con blondas sutísimas.

Y huyendo de las ingravidas barquillas, monstruosas, oscuras, alevés, como inmensas telas de araña, las redes, arteras, van sepultándose en el mar, hundidas en él por los plomos enhebrados en uno de sus bordes, como cuentas de un enorme rosario; sostenidas a flor de agua por las negruzcas corchadas de los flotadores, enfilados en el borde opuesto... Y queda el aparejo tenso, dilatado, extendido, arrastrado por la pareja veloz, en cuyas velas juguetea la brisa hinchándolas con sus soplos: barriendo los senos del piélago profundo; apresando en las cárceles de sus mallas cuando, curioso o confiado, se ha detenido un

punto—instante en que se juega una vida—en las insaciables fauces del monstruo devorador, inesperado, como la muerte...

¡Oh, qué gran día de pesquera!... ¡Cantad, muchachos!...

* * *

¿Cómo fué aquélllo? ¿De dónde se alzaron aquellas nubes densas, cual pensamientos de torturas; negras como el dolor; amenazadoras como el peligro? . . . ¿De dónde surgieron aquellos soplos cálidos, violentos, duros, como aliento del báratro?... ¿De dónde se extravasaron las revueltas hieles que trocaron en topacios las esmeraldas de las ninfas?... ¿Quién hincha los mares, antes tranquilos, y los levanta en montes de espumas, y los abolla en abismos sorbedores, y los eriza de destructores arietes formidables? ¿Quién sacude en las alturas cárdenas el látigo de fuego de la centella?... ¿Quién empuja, despeñándolo por los derrumbaderos infinitos del espacio, el carro de guerra del trueno retumbante?... ¿Quién desató los corceles relinchantes del huracán?... ¿Quién enloqueció los cielos y los mares, las aguas y los vientos?

¿Oh!... ¿Cómo fué aquélllo, Dios mío?

* * *

Sin tiempo para la defensa, ni aun para la fuga, estalló la horrisona, la tempestad. Retrocediendo la noche venció al día. Aullaron los vientos y rugieron las aguas. Las barcas, livianas, huyeron frenéticas, arrastradas por el galopar furioso de pegasos invisibles; sacudidas, cual leves briznas de paja, por

las convulsiones del piélago enfurecido, elevadas como plumas a los cielos sombríos, sepultadas en las entrañas del abismo en caída vertiginosa... Tronzábanse los palos, cual si, demandando perdón por la osadía de su erguimiento, se postrasen de hinojos ante los genios de la tempestad; flameaban las velas desfarpadas, azotando las espumas, en gesto de suprema e inútil defensa, como niño que abofetease al dragón; rompiéronse las redes, arrastradas a los senos de lo profundo, con su carga preciosa de vivientes argenterías...

Junto a la barca, que con gorgoroteos de deglución era sorbida por el monstruo, pasaba rápida como azuzada por el acicate de oro del rayo, ya que bordeando el sumidero escapaba de la muerte; cabe la desmantelada, cuyos palos astillados se alzaban cual dedos de una mano que implorase socorro, flotaba, quilla al aire—cadáver de un monstruo antediluviano—, la que, enloquecida de terror, sepultó sus penachos en el mar.

La ira de Dios, apocalíptica de grandeza, se cernía amenazadora sobre todo.

* * *

Juan Reniega, el viejo lobo de mar, embrutecido por el alcohol y empozoñado por la blasfemia era uno de los de la partida. Su barca fué la primera que, venteando la catástrofe, cabeceó negándose a avanzar; se inclinó rebelde, pretendiendo asirse a las espumas; abatió cobarde la osadía de su antena y desgarró con ayes de dolor sus vestiduras, la pompa de sus alas, la vela fastuosa, poco antes dorada por el sol... La primera que para aplacar las iras del eterno

Molock, devorador de hombres, le brindó los suyos, lanzándolos a las aguas, intentando desarmar con muertes a la Muerte... La última en rendirse...

Juan Reniega se quedó solo... Solo

—mínimo—, cara a cara con la inmensidad—inconmensurable.

Y así como la insensatez y el hábito, antes que nada, emponzoñaron sus labios con la blasfemia, el terror y la con-



ciencia, después de todo, pretendieron hacer florecer en ellos la oración.

Juan Reniega no sabía rezar. No rezaba jamás... Acaso no había «vuelto» a rezar nunca.

¡Oh!... ¡Si él supiera cómo se hacía eso... aquélllo que él oía a las viejas, a los curas, a los niños... a las madres!... ¡Rezar!... ¿Cómo se rezaba?... ¿Quién enseñaría a rezar a Juan Reniega?... Su

memoria, quizás... sí; algo bullía en su mente; algo, que entre los nublos de su vida, brillaba como puntitos de luz, alumbradores de los recuerdos de la infancia... ¿Cómo era aquélllo?... «Padre Nuestro, de cada día, dánosle hoy... que estás en los Cielos... sentado a la diestra de Dios Padre, Todopoderoso... y de Jesucristo, por obra y gracia del «Espíritu Santo»... de Santa María,

«Ora pro nobis»... «vobiscum», «Requiescat in pace». «Amén...»

¡No!... ¡No era rezar aquéllo!... ¡No era rezar!... ¡Y la muerte venía..., llegaba..., lo asía ya implacable..., lo arrebatava fiera!

Entonces, venciendo con el clarín de su alarido el retumbar furioso del postrer golpe de mar, Juan Reniega exclamó, poniendo el corazón en los labios:

—¡Jesús, «Recristo» mío, perdón!... ¡Ten misericordia de mí!...

* * *

—¿Quién te enseñó a rezar aquel día, Juan Reniega?—preguntaban después las comadres del pueblo al náufrago, salvado por milagro.

Y él, estremeciéndose aún, de horror y de gratitud, contestaba cantando con el pueblo.

«—¡El que no sepa rezar,
Que vaya por esos mares...
¡Y verá qué pronto aprende
Sin enseñárselo nadie!...»

Vicente Díez de Tejada

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

Después de una ausencia más prolongada que de costumbre, al ir a los Chaparrales—que así es el nombre de la que fué mi dehesa—me encontré sorprendido con que Guadalupe, la única hija del tío Jeromo, de la chiquilla traviesa y delgaducha, que descalza y curtida por el sol y los aires, yo había visto dos años o poco más hacía, habíase convertido en una mujer hermosa.

No cabía en sí el padre cuando me la presentó transformada... y transformado él también. Porque viudo casi desde que su hija nació, el buen hombre andaba bastante descuidado en punto a indumentaria, y ahora, me sorprendió «vestido como un marqués», que él me dijo.

A las claras se veía que aquel camión de lino, blanquísimo, y aquella chaqueta de paño, y aquellos pantalones de pana lisa, tenían continuamente sobre sí unos ojos y unas manos diligentes de mujer hacendosa, que ni dejaba suelto un botón, ni permitía descosidos, ni daba paz al cepillo en cuanto aparecía una mancha escandalosa en tela que no admitiese el infalible remedio del agua y del jabón, allí, en el regato próximo a la casa, donde Guadalupe tenía tomadas sus posiciones de lavandera de fuertes puños y paciencia a prueba de «rayas» y lamparones.

Como chiquillo con zapatos nuevos, que vulgarmente se dice, así andaba el

hombre de contento con la buena moza, a la que quería tanto, que el aire que la diera en el rostro, hacíale más daño que pajas del camino que se le metieran a él por los ojos, en un día estival de ventisquera.

¿Y cómo no iba a quererla el hombre, si la niña tenía diez y siete años,—los mismos que su madre, cuando él principió a «andarla alreó»—y era el propio retrato de la esposa muerta, y le alegraba la vida con los divinos cascabeles de su risa, con el cariño inmenso en que le envolvía, a él que iba siendo ya viejo, y que al mirarla, sentía todas las dulzuras embriagadoras de la buena paternidad?

Se lo dijo un día, sus ojos hundidos deliciosamente en los ojos de la nena:

—Guadalupe, ahí según se baja pa el río, po la vereá del cerro, hay un olivo viejo, con el troncón yeno de jendiúras y de núos; y al pie del olivo, ha prencipiao a salir una parra bravía, que se ha enroscao al troncón, y le ha vestío de pámpanos y de hojas verdes, poniéndole que da gusto mirarle. He dicho a los pastores que le dejen asina, porque cuando veo ese olivo, me parece que me veo a mí mismo.

Guadalupe, después de estos sencillos y espontáneos desahogos de su padre, le hacía mil arrumacos y zalemas, que lograban que se le cayese materialmente la baba al tío Jeromo.

Era aún la muchacha una niña, con

cuerpo de mujer. Algunas veces me hallaba presente cuando se echaba al cuello de su padre, y le besaba como una loca, y al mirarla yo, con fijeza, noté que las mejillas se le coloreaban, y que las pupilas se le iban de un lado para otro, escondiéndose entre las hileras de las pestañas, movidas con extraordinaria nerviosidad.

Volvíamos una tarde, al ponerse el sol, de la majada, donde habíamos tomado cuernas de leche, caliente aún, y espumosa, recién ordeñada de las cabras, y como el tío Jeromo viniese muy enfrascado en una conversación con el guarda, y yo, al lado de Guadalupe, ensimismado en no sé qué vagos pensamientos, ésta, que era entrometida y locuaz, de costumbre, se me acercó, y con aire de misterio, me dijo:

—Señorito Paco, mire usted lo que me han mandao.

No caí al principio en lo que me quería dar a entender, y medio distraído, miré la mano que me mostraba, cerrada, y con un papel asomando por ambos lados del puño.

—¿Qué es eso, Guadalupe?

Entornó los ojos la muchacha, con natural picardía, hechóse hacia atrás un poco, rehuyendo la vista de su padre, y luego, aproximándose más aún a mí, con los labios fruncidos en un gesto mimoso, me respondió:

—¡Una carta!...

Al ver mi ademán de que me la entregase, la sangre toda se le subió a la cara, y como si acabase de pronunciar un terrible disparate impensado, se introdujo el plieguecillo, hecho mil dobleces, entre el pecho, por la abertura del escote, y echó a correr hacia la casa de

la finca, que ya la teníamos a cuatro pasos, como quien dice.

Así, de modo tan sencillo, dieron comienzo mis malhadadas intimidades con la bella moza.

III

Lo menos dos meses llevo sin haber vuelto a escribir estas íntimas impresiones, apenas esbozadas, y a las que ya me voy aficionando.

Es la razón de este silencio, el que habiéndole yo mostrado deseos, al Hermano Mayor, de conocer los papeles guardados en el archivo de las Ermitas, y como la licencia se me concediese, más de una hora estoy revolviendo libros y legajos manuscritos, que leo con grande veneración.

Sobrecoje el ánimo pensar en el origen maravilloso de estas tan renombradas Ermitas de Córdoba, que ocupamos los ermitaños de la llamada Congregación de nuestra Señora de Belén. Tan antiguos son sus fundamentos y tan impresionantes, que, al conocerlos en sus detalles históricos, se me llena el alma de forzosas humildades.

No, yo, un mundano convertido tras muchas calaveradas y liviandades, no soy digno de vestir este hábito santo, que, precisamente por ser pobre y miserable para el mundo, debe ir puesto sobre cuerpos de santidad, como los de aquellos varones egregios que le instituyeron y glorificaron.

En el Oriente fastuoso, pleno de maravillas y de misterios profundos, tuvo sus principios la vida del yermo. Las palabras de Cristo, llameantes de renunciaciones y de generosidades heroicas,

encendieron en ansias divinas los corazones de los hombres. Blandas, dulzonas, lánguidas y decadentes, eran las sensaciones paganas, que ya tenían ahítos los cuerpos y los espíritus de los que se asfixiaban en los calabozos de aquellas civilizaciones a ras de tierra, y por eso, la humanidad toda vibró deslumbrada y atónita, ante los preceptos de la nueva doctrina, que iba escribiendo sus gestas portentosas con sangre de mártires, en la arena de los circos romanos, y muy pronto, en todas las ciudades del mundo.

Como rosas magníficas de sacrificio, apartados del bullicio de las ciudades, de los negocios y preocupaciones del siglo, brotaron en los campos riquísimos de la Iglesia naciente, hombres que no sólo quisieron cumplir los preceptos de la ley divina, si no que pusieron por obra el consejo para ser perfectos, y vendieron cuanto tenían, y lo dieron a los pobres, y siguieron en la soledad de la cría a Aquel que también quiso en el desierto preparar su espíritu para la predicación de su doctrina y para el sacrificio magno de su pasión y muerte.

San Pablo de Tebas y san Antonio Abad se levantan majestuosos, erguidos en el pináculo de sus virtudes, como esforzados capitanes de estos ejércitos de la soledad y el silencio, en la quietud pavorosa de las selvas.

Al leer yo ahora la vida de estos santos anacoretas, piedra fundamental de los innumerables que después siguieron sus pasos, venía a mi memoria, ungido de dulce e ingenua sencillez, aquel cuadro de Velázquez, que varias veces vi en el museo del Prado, de Madrid, y donde, arrobados como en un éxtasis,

aparecen sentados tras de unos peñascos, a la sombra de un árbol, los dos primeros ermitaños, comunicándose, cual en un diálogo de oración, las emociones de sus almas escogidas.

Impresionantes son las palabras de aquella milagrosa entrevista.

—«Ve aquí—le dijo san Pablo a san Antonio—al que has buscado con tanto trabajo; no ves más que un cuerpo consumido con la vejez, que en breve se convertirá en polvo. Pero dime, ¿se fabrican todavía casas nuevas y suntuosos palacios en las ciudades antiguas? ¿Quién reina en la tierra? ¿Hay todavía hombres insensatos y ciegos que adoren a los demonios, viviendo en las tinieblas de la idolatría?»

A los ciento trece años de edad y a los noventa de vida retirada en el desierto, quiso Dios que por modo sobrenatural se revelaran al mundo las virtudes de san Pablo. A san Antonio Abad se le hizo la celestial revelación del género de vida de aquel santo, y san Antonio le buscó, creyente y confiado, por el yermo. El cuervo que día tras día, durante sesenta años, había traído al anacoreta el milagroso pan para su sustento, se presentó en el día aquel, con ración doble. Y cuando pasó la noche, San Pablo comunicó a su hermano de penitencia la proximidad, que sentía, de su muerte, y le dijo:

—«Yo tengo una gracia que pedirte y es que vayas y me traigas el manto del Obispo Atanasio, para amortajar con él mi cuerpo.»

A los dos días, regresó san Antonio con el manto, y ya halló muerto a su compañero. En el hoyo que cabaron con sus garras dos leones, lo enterró, here-

dando su única riqueza: una túnica tejida con hojas del palmera, la palmera bendita que alimentó con sus dátiles al primer ermitaño, y que, cuando vió rotos e inservibles sus vestidos, le brindó también, y se las dió generosa, sus hojas humildes, para que, desgarradas y trenzadas, de vestido le sirvieran.

Osio, «el Maestro de la Fe, el Padre de los Concilios y el anuario Abraham,» como los mismos arrianos le llamaban; Osio, cuyo solo nombre es gloria inmarchitable de la Iglesia y de España, fué quien, desde Egipto, trajo a esta sierra de Córdoba el régimen de vida eremítica.

Enriquecido con los tesoros inapreciables de su virtud y su ciencia, en el lejano Oriente, este hijo preclaro de Córdoba, a su patria quiso traer las conquistadas riquezas, y entre esta brava exuberancia de la sierra cordobesa, quiso enterrar todas las virilidades indomables que bullían en su sangre, y en oraciones a Dios, en el templo soberano de los campos, desconocido, ignorado por todos, hizo propósito de ofrendarle a El, que todo se lo dió, el caudal gigantesco de su ciencia teológica. Pero Dios no lo permitió así, y de las soledades del desierto fué arrancado por voluntad popular, y consagrado obispo de Córdoba.

Y cuando, en aquella época, Arrio promovió el cisma, en Alejandría. Osio fué el que presidiendo en nombre del Papa el primer concilio general de la Iglesia, dictó la maravillosa fórmula del Credo, y deshizo, con el ariete soberano de su ciencia incontestable y de su energía arrolladora la fortaleza de los que al mismo Sumo Pontífice hicieron prisionero.

Hace unos momentos recogidas las alas del corazón, con respeto profundo, miraba yo, desde esta altura gigantesca de las Ermitas, la variedad bellísima de estos contornos, donde la Naturaleza quiso acompañar a las desigualdades del terreno, una fértil y espléndida vegetación. San Jerónimo, Arruzafa, Albaida, Linares, Bañuelo, Ribera la Alta.. Entre estos cachales, que forman precipicios, y estas suaves colinas, y estos arroyos desatados, y estos matorrales espesos, yo quiero adivinar las negras bocas de cuevas numerosas, y los restos de chozas pobrísimas, que fueron la cuna de los primeros ermitaños de Occidente.

Cuando los romanos, y los godos, y los árabes, conquistaron esta parte de España, aquí, en estas soledades imponentes, se elevaban día y noche al Dios de los cristianos, oraciones buenas y sencillas. Y mientras que los hombres del siglo se entregaban al ejercicio permanente de las guerras, matándose unos a otros con rabia inextinguible, abnegados eremitas mortificaban sus cuerpos en los escondrijos de esta sierra bendita.

No eran cobardes que abandonaran las huestes de sus ejércitos, para ver pasar el peligro de las invasiones. Ellos habían sabido ejecutar la más valerosa de las conquistas, la de vencerse a sí mismo, y en el apartamiento de estos campos, con las miradas puestas en los caminos del cielo, a ellos sólo tendían con sus prácticas de penitencia. Y cuando delatados por sus enemigos, de sus misérrimas cuevas y chozas les sacó la soldadesca, contentos y felices, porque a las puertas de la Felicidad completa se

hallaban, supieron ser mártires y confesores de su Fe.

San Eulogio, mártir también de Córdoba, cita a algunos de aquellos ermitaños que en tiempo de los árabes fueron sacrificados: san Teodomiro, san Rogelio, san Pedro, compañero de san Amador, san Pablo y san Isidoro, compañeros de san Elías, san Argimiro, san Rodrigo, y otros muchos, fortalecidos con los divinos alientos, en sus retiros de la sierra de Córdoba, al Cielo se encumbraron, acortando así, con el martirio, el camino de perfección y sacrificio que por su voluntad emprendieron.

Emocionante y sugestiva hiere el alma la vista imaginada de aquellos cristianos, que a las puertas de sus cuevas vieron pasar los ejércitos invasores, y ellos, serenos y tranquilos, atentos sólo al negocio principal de la vida, entre aquella avalancha de impiedad, siguieron sus rezos y sus prácticas religiosas, comiendo de los frutos del campo, vistiendo hábitos de pobreza extremada.

En el año 1136, el Santo Rey Fernando III tomó la ciudad de Córdoba. Y sobre los tejados de la gran Mezquita de Occidente, como un lamento trágico, se escuchó el eco fugitivo de las estrofas del Corán, que ya no resonarían más bajo los arcos infinitos del soberbio templo de Mahoma; aquellos arcos, sustentados en más de mil columnas de jaspes, y mármoles, y granitos, de los más ricos y variados, abriéronse a la luz de las bendiciones cristianas, que los ennoblecían y purificaban, y hasta el misterioso, el único, el arco de la capilla del Mihrab, cuajado de mosaicos prodigiosos, semejante a un bordado deslunbrador de líneas y colorido,

abriase para servir de arco de triunfo, por donde pasara victorioso el Rey de Castilla con sus ejércitos.

Entonces, los cristianos reconquistadores, viéronse sorprendidos con la presencia de los ermitaños de la sierra de Córdoba. Y pensaron que, al par que sus armas, las oraciones de aquellos heroicos hijos del cristianismo lograron del Cielo el triunfo anhelado.

Y, aquel día memorable, las aguas serenas del Guadalquivir sonaron con más alborozado estruendo el murmullo de sus ondas, al quebrarse sobre los tajamares poderosos del puente romano. Los restos de muchos mártires, cuyos cuerpos fueron arrojados al río en tiempos de la dominación arábica, estremeciéronse jubilosos, en sus ignoradas tumbas. Y rodaron los ecos de las aguas del río sobre la ciudad de los Califas, y muy amortiguados, dulcísimos como arrullos, ascendieron a las cumbres de la sierra, se embalsamaron con los perfumes de los tomillos y de los romeros, y fueron a perderse entre las concavidades de las peñas, entre los escondrijos de las cuevas, donde de rodillas, extáticos en el sublime éxtasis de la oración, se hallaban los ermitaños de Córdoba, llorando las maldades de los hombres...

IV

DISTRAIDO con algunos detalles referentes al origen y principios notables de estas santas Ermitas de Córdoba, con las impresiones que me ha sugerido la lectura de distintos libros y documentos hallados en nuestro archivo, hice un paréntesis en el relato que de parte de mi vida mundana, iba escribiendo. Y

ya que Dios, sin duda alguna, movió mi voluntad para que, en esta especie de memorias íntimas, de algo de la historia de las Ermitas me ocupase también, he hecho propósito de intercalar, de vez en cuando, en mi escrito, hechos relacionados con este eremitorio. Así, el lector de estos apuntes, si algún día se publicaran, hallará algo útil y digno de emplear el tiempo, entre las divagaciones que se refieren a hechos de mi vida, que a pocos han de interesar.

Guadalupe, enseñándome aquella carta que había recibido, tuvo conmigo una confianza, la primera de todas, desde que se había hecho mujer.

No sé decir yo bien si aquello me alegró o me trajo disgusto. Más bien creo que lo miré con indiferencia. Pero fué el caso, que, charla que te charla, el tío Jeromo y el guarda siguieron entretenidos durante tan largo rato, que vi yo que aquellos veinte metros escasos que nos faltaban para llegar a la casa, no los acabábamos de andar nunca. Y como no me interesaba ni poco ni mucho la conversación que estaba oyendo, abandoné la compañía de los dialogantes, y decidido, me dirigí hacia aquella parte del edificio en que estaba la puerta principal, que daba acceso a mis habitaciones.

Ojalá así lo hubiese practicado. Pero en el momento en que yo a la casa me acercaba, vi que salía Guadalupe con un gran barreño en la mano, y, colgada al brazo, una cesta llena de patatas. En el umbral de aquel departamento donde ella vivía con su padre, se sentó, y, en menos que se dice, estaba ya pelando las patatas con agilidad asombrosa, y

sumergiéndolas luego en el barreño, tan bien mondadas y tan blancas, que daba gusto mirarlas.

—Preparando la cena que estoy—me dijo Guadalupe, sin mirarme, con la cabeza baja, y pareciendo que todos sus sentidos los tenía rigurosamente presos en aquella tarea de mover muy deprisa la navaja y dar ligeras vueltas a los tubérculos.

—Anda, trae la carta esa que me enseñaste. Voy a enterarme de tus secretos.

Sin dejar aquella ocupación que tenía entre manos, y con la cabeza más agachada todavía, la muchacha soltó el trapo de su risa bullanguera, y me replicó:

—Son cosas mu importantes...

—Sí, si ya me supongo lo que es... Que Basilio te ha pedido relaciones.

Ahora no rió Guadalupe. Me hechó unos ojos de inquieta desconfianza, y muy formal, arrugando los labios gorduelos, mimosa como una niña que quiere hacerse la disgustada, me dijo:

—No hable usted de eso, por Dios. ¡Si se enterara mi padre!

—Pues le parecería muy bien. Basilio es un buen muchacho. Muy serio, muy trabajador... ¡Y guapo! ¿No es verdad?...

—¡Sí, guapo!... Como yo... ¡más feo!...

—¿Como tú, eh...?

Y sin más ni más, me puse a decirle piropos a Guadalupe que, por toda respuesta, no dejaba de reír con una risa que mezclaba espontaneidades de niña y coqueteos de mujer que se ve hermosa y se complace en su hermosura.

Cuando después, pensando yo a solas, vinieron a mi memoria las galanteorías con Guadalupe, me reproché, como una ridícula salida de tono, mis palabras.

(CONTINUARÁ)



DOS FRACASOS Y DOS ÉXITOS

POR FERNANDO LUNA ARENAZ

El último plato lírico, marca «Guerrero» que nos ha servido D. Jacinto, es hermano en su contenido, a todos los demás de la misma marca.

Pasodobles y Fox, Fox y pasodobles, es la música de «María Sol», que más bien parece una de esas revistas al estilo de «Roma se divierte», por lo chabacano de la orquesta.

Al maestro Guerrero, le auguramos más gloria en las tablas, que la que pueda conseguir un Vives, por ejemplo, para quien el primero no pasa de ser un sencillo músico, en estos tiempos en que el gusto artístico, por excelencia y en general, brilla por su ausencia, reinando en el tablado de la farsa el desbarajuste y el ridículo más espantosos.

Guerrero, en colaboración con Muñoz Seca, el más popular y uno de tantos autores que han abolido el arte escénico y que sin embargo reina en la «farsa» merced al estado *inconsciente y desquiciado* de la opinión, puede esperar días de gloria y *pesetas*.

¿Muñoz Seca el rey de la prosa regocijante y Jacinto Guerrero, el maestro de la música ideal?...

¡El Delirio! ¡la apoteosis del triunfo!

¡la fuente del oro y de la plata! ¡la salvación de los empresarios!

* * *

De una *joya*, tenía forzosamente que resultar otra joya y así ha sido en efecto.

De su *novela joya* «Currito de la Cruz», Pérez Lugín ha sabido sacar una verdadera perla cinematográfica.

Después de los autorizados críticos que han comentado el estreno, poco puedo yo decir de nuevo, que redunde en favor del «Currito» cinematográfico.

Solamente el hacer constar el enorme éxito obtenido en todas partes no ya por el asunto, sobradamente conocido y aplaudido, sino por la construcción soberbia y no menor interpretación de la película, que honra a la *cinematografía española* y a su autor, que ha sabido magistralmente, evitar el efecto desastroso de la España de *pandereta*.

En «Currito» se reproduce el éxito de una novela maestra, del más puro sabor español, se nota la pluma de un sano y grande literato, se aprecia la maestría de un director escénico y el arte de unos grandes artistas españoles.

* * *

A «Currito de la Cruz» le ha salido, según parece, un competidor, en esa *des-*

graciada película, que se titula «El Niño de las Monjas» que tiene como base la ridícula España de *pandereta*, sólo existente para los ilusos y para los aprovechados.

Centro de acción es un convento, es decir, eso dice la película, aunque nosotros sólo vemos un lugar con muchos árboles y plantas, una capilla y media docena de monjitas, las cuales, cualquier cosa parecen, menos lo que representan.

En el Convento se aplaude, vergonzosamente, las proezas de un coletudo, criado en el mismo lugar sagrado y luego se le recibe cual si se tratara de una alta autoridad eclesiástica. ¡Bonito ejemplo!

Luego, para final, sirve de reclamo la Semana Santa sevillana, se cantan saetas a base de nombres de toreros, escritas por no sé quién de Zaragoza y se suspende brevemente la película, para presentar en el escenario una copia del notabilísimo y célebre Santo Cristo del Gran Poder.

Es vergonzoso e indigno que un acto tan grandioso y sin igual, de fe, como es la Semana Santa sevillana, acto merecedor de mayores respetos, haya servido de reclamo para una película de toreros.

En «Currito» hay también toreros, sí, pero presentados con una discreción y delicadeza justas.

En «Currito» se presenta la Semana Santa sevillana, sí, pero con todo el esplendor y significado del acto, sin que se vea en nada, irreverencia alguna.

Por cierto que, el señor editor del «Niño de las Monjas» se ha molestado porque un crítico ha llamado a la tal película *desdichadísima*, calificación que afirmo yo también.

Pronto vamos a presenciar la desaparición de los críticos periodísticos, ejerciendo el cargo de censurar, los mismos autores, editores, o empresarios, no encontrándose en ese caso nada para criticar, pues cada cual dirá que lo suyo es mejor que lo de los demás... y tan contentos.

.
.

De la obra de Pérez Galdós, «El Abuelo», se ha hecho también una soberbia película; por la mano de *obra* que en ella interviene, no podemos contar todo el éxito para nosotros, aunque nos corresponda en su mayor parte.

Fernando Luna Arenaz

Febrero de 1926.

IMPRESIONES DE ARTE

LA EXPOSICIÓN DE ARTE CATALAN

POR JORGE DE LA CUEVA

Mientras que en todas las actividades intelectuales trabaja y se esfuerza Cataluña por acusar los rasgos tradicionales, por poner de manifiesto toda nota regional y buscar en el pasado para sacar de él y darle actualidad e incorporarlo al movimiento moderno cuanto es permanente y típico y esencial en la idea, en la forma y en la manera catalana a fin de que toda obra, todo pensamiento lleve el sello racial y esto con una constancia, una orientación y un ansia de acusar la personalidad regional que pudiera servir de ejemplo a tantas regiones que poco a poco van dejando perder sus caracteres distintivos, los artistas catalanes parecen trabajar y pensar al margen de este movimiento tan hondo, tan amplio, tan plausible y tan lógico.

Un afán desatentado de modernidad los ha invadido y los arrastra casi a todos, con tal fuerza, y con tanta prisa, que ni tiempo se dan para dejar que las tendencias actuales tan poco precisas, tan turbias aún se definan y acaben por posarse y sedimentar, que el torrente se remanse para, con calma y serenidad, a través de aguas claras incorporar a esta modernidad inquieta y tumultuosa, lo que indudablemente guarda cada artista dentro de sí, de abolengo catalán, de influencias tradicionales, de la visión y el sentimiento de la raza.

Diríase que todos, por un acuerdo unánime han preferido parecer modernos a parecer catalanes, si no es que por un sentimiento patriótico, un tanto pueril han coincidido en querer demostrar que marchan en vanguardia y conocen el secreto de todas las audacias.

Esperábamos ver vibrar en la exposición catalana, la luminosidad levantina, el rico y fogoso color mediterráneo, la gracia catalana ingenua y vigorosa, fresca y deliciosa, la finura latina y la esencia renacentista que tan bien y tan hondamente se infiltró en el espíritu catalán, que lo acusó a través de todas las épocas; esperábamos luz, azules de mar, notas fuertes de sol en las crestas bravas, explosiones blancas en los deslumbrantes pueblos incomparables, ojos negros y caras trigueñas de payesas, algo del sano impresionismo, sobrio y espontáneo, producto del ambiente, manera propia del espíritu levantino claro, vivo y ágil que poco a poco va quedando reducido a la escuela valenciana.

Todo esto esperábamos, fundadamente, a nuestro juicio, y nos encontramos en una exposición moderna, semejante a tantas otras exposiciones modernas, sin otro carácter que el de la modernidad a todo trance y por encima de todo: las mismas audacias, las mismas tendencias idénticas maneras tan chillonas, tan estridentes aún que apagan la voz del ar-

tista, que cubre su personalidad y disimula su pensamiento: la misma desorientación de pensar que estas escuelas y estas tendencias son algo logrado y definitivo, en lugar de ver en ellas fases distintas de un movimiento para ir a algo a donde no se ha llegado aún pero a donde debemos llegar tal como somos, con nuestra personalidad intacta, con nuestro carácter, con nuestro sentido y nuestra visión del arte.

Aisladamente asomaba Cataluña: nos llamaba con su luminosidad desde los cuadros de Francisco Camps, con su equilibrio y serenidad desde el retrato de Ricardo Canals; la vibración levanti-

na se acusaba en los paisajes de Pedro Isern; la gracia, en la *María* de Junyent en el *niño* de Juan Porcar; la finura en los cuadros de Francisco Vayreda, la energía y un concepto clásico que se sobrepone a las preocupaciones de escuela, en los desnudos de Sunyer..., visiones aisladas, destellos fugases, recuerdos lejanos de algo recio y completo cuya ausencia es, para nosotros, la nota más saliente de esta exposición, notable por otros conceptos que nosotros llamaríamos mejor de artistas catalanes, que de arte catalán.

Jorge de la Cueva

Madrid.



“Hispania”

Número de Enero:

—Los libros de 1925: El escrutinio de sombras, por «Andrenio».

—Figuras hispánicas: (V). Hernán Cortés o la epopeya hispana, por Juan D. Berueta.

—Los nuevos luchadores: Juan Ignacio Luca de Tena, por Marciano Zurita.

—España en la Exposición de Artes Decorativas, de París

—Junto al arroyo claro (poesía), por Vicente Medina.

“La Crónica de León”

Hace varios números, este semanario

viene publicando «Notas para la historia de León y su provincia» por Julián Sanz Martínez y José M.^a Luengo.

“El Eco de Santiago”

Núm. del 18 de Enero:

«Proyecto para la zona de interés artístico e histórico de Compostela».

17 de Febrero:— Crónica literaria: Ramón Salgado Toimil. «Concepción Arenal en su aspecto pedagógico», por Juan Barcia Caballero

“El Pensamiento Navarro”

Núm. del 23 de Enero:

«Los amigos del Eusquera»: Expansión de la Sociedad.



DEL POSITIVISMO AL ROMANTICISMO

POR FERNANDO CASTÁN PALOMAR

A las épocas de positivismo raso, grosero, vulgar, sucedieron siempre las grandes reacciones románticas que signaron de espiritualidad el ambiente ramplón que dejara el vaho asfixiante de tantas ambiciones desatadas, de tantos medros ilícitos, de tanto floripondio y de tanto relumbrón.

La última de estas épocas ha sido la más intensa y la más grotesca. Un aasia loca de fortunas aleteó sobre millares de cabezas, al conjuro del chorro de oro que caía pródigo en los bolsillos de negociantes improvisados y de especuladores desaprensivos; y nació, para solaz de la gente espectadora, esa especie llamada «nuevos ricos», destripaterones adinerados de repente, ayunos de cultura, pero doctos en todo linaje de marrullerías, de andróminas y de alucinaciones. El acaparador fué un tipo representativo, con su panza bien nutrida, sus tumbagas y su ebriedad de fanfarronería. Los dineros del nuevo rico—pregonados a todas horas y en todas partes—fueron un canto de sirena que arrastró a las muchedumbres hacia un materialismo soez. Borráronse linderos de clases, se dieron de lado méritos y

virtudes, no se cotizaron otros valores que los financieros, hizose mofa del alto prestigio de muchos sabios...

Una palabra, dinero, absorbía la preocupación de las gentes y a ella volaban los pájaros del ideal, que antaño tuvieron rutas más nobles.

¡Hasta la mujer— a quien los ingenios de otras épocas llamaban «delicado manantial de poesía»—sintió el impulso de esa ola gigante de vulgaridad y esperó, como ventura, el paso de la loca cabalgata de los millones! Pobre mujercita, linda y gentil, convertida también en uno de esos ridículos autómatas que trotan tras el vellocino de oro! Y descuidó el cultivo de su espíritu para ser una mujer lujosa, aunque no se aviniera bien con su lujo el léxico de barbarismos que aprendiera de niña en el arroyo. Señoritos vagos con pujos de millonarios, y señoritas adineradas jactanciadas de comprar maridos, enlodaron el matrimonio, con ese descaro cínico de las «bodas de conveniencia». Y la sociedad toda, metalizada y falta de un ideal alto, noble y generoso, parecía hundirse en esa atmósfera densa de ambiciones y de usura.

Pero ya el ambiente comienza a clarear. Por suerte, la bruma es menos densa. Tantos sueños de oro se truncan, tantas fortunas se desgajan, tantos nue-

vos ricos descaecen, que las gentes vuelven los ojos hacia otros ideales, sin sentir el reconcomio del dinero como único trofeo de la vida. Quedan, y quedarán muchos años, por que los estragos de una de estas epidemias no se borran con facilidad, muchas, muchísimas gentes que siguen adorando, con una cómica veneración, al becerro de oro que fué ayer pródigo y hoy se muestra cicatero. Pero quienes se enfervorizaron en su presencia solamente porque a ello los llevó, arrolladora y prepotente, la ola de pasión que azotaba al mundo, sienten hoy un profundo desdén por todo lo que pasó, y bien pasado está, para pensar en algo más sincero, más elevado y más cierto. En el esfuerzo personal y en el amor. El trabajo ordenado, con la puerta abierta, sin contubernios, sin especulaciones inconfesables. El amor a la Patria, a la familia, a la novia buena que sonríe esperanzada sin confundir el cariño con el interés.

Es la reacción romántica que llega y que barrerá la estulticia de tanta gente ciega a las verdaderas alegrías, de la vida; el penacho blanquiazul soterrará las cómicas vanidades adventicias que creó y sustentó el dinero; las páginas del *Eclesiastés* se abrirán nuevamente; y si los esclavos del millón no se dan a partido y siguen presentándolo sobre todas las cosas, peor para ellos, porque caerán en la última cuneta de la cursearía y en ella se estrellarán para siempre.

Proceridad, altura, primacía, no se lograrán ahora triscando por los pedregales del dinero, ni empinándose sobre torres de oro; se conquistarán con talento, con trabajo, con amor, con bondad...

Es, pues, la hora del poeta.

Quiero decir, del escritor, que es siempre poeta, aunque no rime versos.

Arrumbados, acobardados, por el imperio soez del dinero; escépticos y molidos por tantos desprecios de millonarios analfabetos; tristes y apesadumbrados ante tanta vulgaridad, tanta grosería y tanta incultura, los escritores deben ahora tornar a la palestra con el brío y la gallardía de aquellos ilustres españoles que llenaron de gloria varias épocas de nuestra literatura; que la voz de los artistas suene, dulce y perseverante, sobre la ruina de unos años en los que todo fué materialismo; que los versos de los poetas saneen el ambiente infecto por las bellaquerías que, impulsadas por la ola de ramplonería, corrieron sin freno; que un airón de espiritualidad proclame la derrota de los lacayuelos del dinero.

Vengan los caballeros del ideal que sobre las tragedias, sobre las conmociones, sobre los desastres, del siglo XIX supieron prender penachos de romanticismo.

¡Siglo dichoso, con ser tan triste, con haberlo zaherido tanto los cronistas políticos de la época, en que España tenía el blasón de su espiritualidad y de su galantería!

¿Por qué ahora, después de tantas diatribas, los escritores vuelven los ojos hacia ese siglo? ¿Qué inefable misterio hay en las páginas de su historia? ¿Qué bella atracción nos brinda aquella vida sincera y generosa?

Es la voz del romanticismo que nos llama, por encima de la garrulería algarera y ruidosa de los egoismos y las ambiciones. La España romántica no ofre-

ce las estampas antañonas y a su visión sentimos el rubor de los mezquinos anhelos de este siglo.

¡Siglo de libros y de cromos, de poemas y de madrigales, de damiselas con tirabuzones y de caballeros, con perilla, cómo pisoteó tu prestigio la legión de logreros prosaicos!

* * *

Paladín de ese siglo en las letras aragonesas es un poeta a quien recientemente la crítica ha dedicado muy sinceros elogios por la publicación de un libro de versos. «1830» se titula el libro. Su autor es Enrique Pérez Pardo.

Este escritor, de rostro aniñado, que sonríe siempre, acaso no cuenta fuera de su tierra con la admiración que sus versos merecen, porque su labor no ha sido divulgada; eterna rêmora de la expansión de un nombre, las editoriales constriñen su radio de acción con tal avaricia, que más parece que tratan de arrinconar al escritor, que de prestarle alas para que vuele de una a otra latitud.

El poeta de quien os hablo es muy joven, y aún lo parece más; nervioso, ágil, de cabeza erguida, tiene esa simpática desenvoltura de los galanes acariciados por la suerte, y esa distinción señorial de una alcurnia prócer; atildado, correctísimo de indumentaria, es el gran mentís para los corifeos de la bohemia astrosa como madre única de la poesía; ni chambergo, ni melena, ni traje corcusido, ni pipa, ni mugre, ni alcohol...

¿Es un hombre selecto que hace versos?

No; es un poeta que sabe ser también

fuera de los versos un hombre selecto.

Pérez Pardo siente la inquietud de los años pretéritos y lleva a sus estrofas la lírica emotividad de los palacios derruidos, de los clavos amarillentos, de los saragüetes ceremoniosos, de los parques cerrados, de la alegre estudiantina, del motín callejero, del severo desfile de la Milicia Nacional.

A lo largo de sus versos asoman los rostros de las lindas coquetas de capotas y chales, los fraques ceñidos de los conspiradores, los lienzos de Madrazo, los cantos de Espronceda, los tirabuzones de Isabel II...

Late en esas poesías el alma centenaria, con un poder añorante que es toda emoción. Emoción dulce, acariciadora, que brota suavemente del verso y suave también llama al corazón del lector para que recuerde.

¡Cuántas horas de enervante evocación debemos a estos versos, cincelados con un amor y una elagancia personalísimos!

El poeta duélese en sus versos de la evolución del siglo. ¿Por qué se adulteró todo, y se borraron los gestos románticos, y se disipó el amor?

¡El amor! ¿Qué amor—pregunta—ha emulado al de aquellos días, al de los donceles y las damiselas?

Y sigue:

¡Aquellos donceles de lacias guedejas, perillas románticas y ojeras moradas, los que amaron ante las floridas rejas y morir sabían en las barricadas!
¡Y las damiselas, ingénuas crisálidas, leían a Byrón, Musset y Espronceda; bebían vinagre para estar más pálidas y decían versos con la voz muy queda!

Mudanzas rápidas, evoluciones de génesis insensible; ¡parece que están muy

distantes aquellos años y, sin embargo, aún los alcanzaron nuestros abuelos!; breves instantes fueron—dice el poeta—que huyeron veloces y no han de volver.

Sí vuelven, sí; vuelven porque han de purificar con el saumerio de sus rubores la atmósfera descocada y baja que nos dejó el galope de unos años abarrajados; porque España, que tiene sus mayores blasones en sus gestos románticos, no puede ser una nación de especuladores enriquecidos; la primigenia de sus gestas venturosas quiere una continuación en la que nada signifiquen los analfabetos adinerados; el airón romántico que ondeó en las jornadas gloriosas debe flamear otra vez junto a la bandera española.

Y cuando los logreros, positivistas y necios, hagan mofa de los poetas, sonreídeles con compasión y preguntadles a dónde nos llevaban ellos, con tanto oro, con tanta fanfarronería y con tanta ausencia de espiritualidad.

Fernando Castán Palomar



LIBROS RECIBIDOS

Trabajos Póstumos de Ramón de Torre-Isunza, reunidos por su hermano D. Pedro. Imprenta de Manuel Córdón. Cabra (Córdoba).

La verdad a S. M. el Rey Don Alfonso XIII. (Acerca de los principios religiosos, políticos y sociales y sobre la situación de España). Nueva edición con importante introducción, Prólogo, Apéndice, Epílogo y Biografía del autor, Ramón de Torre-Isunza, editada

por su hermano D. Pedro. «La Región». Don Benito (Badajoz).

La mitología Asturiana: Los dioses de la vida, por C. Cabal. VOLUNTAD. Serrano, 48, Madrid.

Fuente serena. Novela de Antonio Reyes Huertas. Editorial Paez. Ferraz, 50, Madrid.

De la vida sencilla. Poesías originales de José María Pemán, con un prólogo de D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. V. H. Sanz Calleja, Montera, 31. Madrid.

Nuevas poesías: Segunda parte de «De la vida sencilla», por José María Pemán. Editorial VOLUNTAD Alcalá, 28, Madrid.

Traducciones clásicas: Sófocles. II. *Edipo en Colono:* Traducción directa y notas por Ign. Errandonea, S. I. (B. Litt., Oxford.) Razón y Fe, Plaza de Santo Domingo 14. Apartado 8.001, Madrid.

Bartolomeu Barceló. *Primeres poesíes.* Sóller.

Xesús Fernández e González. *Antón Piruleiro*, novela orixinal e inédita. Lar, (publicación quincenal de novelas galegas). Real, 36. A Cruña.

Mandatos del Destino. Novela de Jesús Ramírez Sánchez. La Novela quincenal. Gráfica Renacimiento, O'Donnell, 24, Tetuán (Madrid)



CATALUÑA

EL HOMENAJE A RUSIÑOL

SANTIAGO Rusiñol es, sin duda alguna, el más popular de los artistas de nuestra tierra. Su arte ha llegado a la multitud y al pueblo, porque de él ha salido y de él, franca y naturalmente, lo ha copiado Rusiñol, viviéndolo.

En la novela, en el teatro, Santiago Rusiñol ha reflejado con acierto singular la vida, las costumbres de su pueblo y de su raza, por esto es Rusiñol un artista esencialmente popular. Pocos hombres habrá en las generaciones actuales, que como él posean un sentido tan humano del arte. No será la suya obra de refinamientos y de normas, sino libre y espontánea obra nacida con toda la lozanía y con todo el ardor de las bellas cosas populares. Y así pudo llegar al alma del pueblo, pero sin mancillarse con grosería, salvaguardada siempre por un espíritu de sencilla elegancia, peculiar en este artista.

Toda Cataluña ha tomado parte en el homenaje que se tributó a Rusiñol, primero en la riente Sitjes, la villa de sus predilecciones, luego en Barcelona. Los actos que han constituido este homenaje han sido presididos por un juicio y por una sencillez muy dignas. Santiago Rusiñol ha sido debidamente

honrado y puede sentir el orgullo, tras de una tan grande labor como la suya, de verse querido y respetado de su pueblo.

LAS EXPOSICIONES

El escultor José Clará expuso en el «Salón Parés» una colección de sus obras de escultura y no pocos dibujos. José Clará está reconocido como de nuestros más positivos valores y su mérito se ha impuesto en España y en el extranjero con tanta validez como justicia. Los dibujos que muestra acusan patentemente su personalidad y la agilidad incomparable de su lápiz de maestro.

El paisajista Enrique Galmey presentó algunas obras en la «Casa Areñas». Entre ellas destacan las tituladas «Cercanías de Sarria» y «Montañas de Batot» de una fuerza y bellezas dignas del nombre del gran pintor que las creó.

Aurelio Tolos en las «Galerías Layetanas» nos da a conocer buen número de lienzos, con bellos efectos de luz, muy bien resueltos, y estudios de flores, notables.

Ibo Pascual es uno de nuestros mejores paisajistas y en su arte, fresco y de una verdad extraordinaria, ha alcanzado ya un justo renombre. Sus últimas producciones se hallan a la altura de su prestigio.

Visiones de Mallorca, la isla del oro y la esmeralda, presenta Lorenzo Cerdá y Bisbol en las «Galerías Layetanas». El artista triunfa en el color y sus lienzos tienen toda la transparencia del ambiente mallorquín.

EL TEATRO

Los momentos de sequedad y de pobreza porque pasa actualmente el teatro en España, no han podido tener más patente manifestación que la que tuvieron en la última temporada teatral de Barcelona. El público permanece retraído del teatro: esta es, primero, la triste realidad. No es este lugar de analizar y dilucidar las causas de su retraimiento.

La temporada lírica que desde Octubre a Enero se ha dado en el teatro Tivoli, ha constituido un ruidoso fracaso. Varias han sido las obras estrenadas en ella: *María Sol*, del maestro Guerrero; *La Mosquetera*, de Mantua, música de Martínez Valls; *Margaritiña*, de Galobardos, con música de Zamacois, y, finalmente, *La Serera*, de Romero y Fernández Swa, con partitura del maestro Millán. Sólo esta última obra ha llevado alguna gente al teatro. Los libretistas de *La Serera* conservaron muchas de las bellezas del drama original de Dantas, que da origen a esta producción. La partitura del Maestro Millán es en muchos números brillante e inspirada.

En el teatro Poliodrama ha efectuado una larga campaña la compañía que dirige Carmen Díaz, sin que los estrenos dados hasta hoy merezcan especial mención, exceptuando únicamente *Los gernos*, de Benavente y la comedia de Pirandello *todo entre gente bien*, que se

ha estrenado en el beneficio del excelente actor señor Galache.

En el teatro catalán, el éxito de mayor resonancia ha sido el alcanzado por la comedia de Avelino Artís «*Seny i amor, amo i senyor*», que ha logrado gran número de representaciones y que es una obra de verdadero mérito, que da patente a su autor de excelente comediógrafo colocándole entre los primeros dramaturgos catalanes, puesto, no obstante, que tenía ya bien ganado por sus importantes anteriores producciones.

ESTAS CRÓNICAS

A partir de este número, Dios mediante, aparecerán con regularidad todos los meses en LETRAS REGIONALES, estas sencillas notas de la vida artística y literaria de Cataluña.

Luis G. Manegat

Barcelona, Febrero 1926.

G A L I C I A

Letras gallegas

Más sobre los escritos en prosa

HE ahí (1) cómo se realizó en Galicia lo que ansiaba para Portugal, hermano gemelo nuestro, el ilustre Antonio Ferreira (1528 1569) cuando doliéndose de la decadencia de su lengua, ante la influencia castellana, exclama en estos inspirados versos que son el panegírico de la misión del poeta:

Floresca, fale, onca-se e viva
A portugueza lingua, e já onde for
Senhora va de sí, soberba e altiva.

(1) Véase el principio de esta crónica en el número anterior.

A este pujante renacimiento de nuestra lengua y literatura, había precedido, como es natural, una bien dirigida actuación de la que un gran elemento propulsor fué aquella, nunca tan encomiada como se merece, *Biblioteca Gallega*, empresa meritoria que bajo la dirección del benemérito patricio que en vida se llamó Andrés Martínez Salazar, alcanzó a publicar desde 1886 a 1903, 51 volúmenes de obras variadas (literatura, historia, crítica, economía, etc.) de los que muchos, tanto es prosa como en verso, vense escritos en gallego.

Por eso a las revistas regionales, en las que se utilizaba indistintamente el gallego y el castellano, pero más este último, se juntaron, con mayor fruto que en sus primitivos orígenes (1) aquellas otras en las que la dulce habla de Rosalía y Curros, era la única que llevaban sus columnas. Varia fué su suerte por razones especialísimas, y hoy, aun cuando la mayoría de las que ven la luz siguen siendo bilingües (2), sin embargo contamos en Galicia con dos notabilísimas publicaciones, en las que no figura una sola línea que no sea el idioma regional. Tales son *Nos* y *A Nosa Terra* de la Coruña y cuyo carácter no es exclusivamente literario, sino que abarca,

(1) Las primeras, puramente de actualidad por las cuestiones políticas de su época, fueron *Diálogos* na Quintau (1813) y la *Tertulia de Ricaños* (1820); luego, *O vello do Pao Sagro* (1861); el popular semanario *Otro Marcus da Portela* que desde 1879 salió durante varios años; *O Seor Pedro* (1881), y otros.

(2) También la prensa diaria publica frecuentemente escritos varios en gallego, cuando antes y como excepción, sólo daba alguna que otra poesía.

sobre todo en *Nos*, todo cuanto con el arte, las ciencias y las letras se relacionan, y son prueba de cuanto alcanza y vale la cultura gallega y en gallego.

Véase cómo a los naturales vacilantes pasos de los primeros momentos, ha sucedido una marcha, segura y firme y como complemento y desarrollo de la labor a seguir, se haya emprendido la publicación de varias bibliotecas de obras en prosa, procurando la modicidad en el precio, para que la divulgación de las producciones de nuestros escritores pueda llegar al gran público, y difunda por doquier tanto en los residentes de su tierra natal como a los ausentes de ella, el amor y el gusto al estudio de todo lo nuestro, pues pueblo que reconquista su historia, su lengua y sus tradiciones, se reconquista a sí mismo.

La primera Biblioteca creada con este patriótico fin, fué la editada en la Coruña bajo el título de *¡Terra a Nosa!* (1919), que dió a la estampa 15 volúmenes, prosa y verso, no tan sólo de autores consagrados, si no de otros noveles a los que estimuló con sus concursos literarios.

Lástima grande fué que dificultades de cierto orden la obligaran a suspenderse cuando estaba su éxito asegurado. Iguales o parecidos contratiempos sufrieron la llamada *Céltiga* (1922,) de Ferrol, que imprimió hasta 13 números; *Alborada* (1922) de Pontevedra, que únicamente lo hizo de tres; la *Libreton* (1924), de Santiago, que publicó dos volúmenes; y la más infortunada de todas, *Follas galegas* (1920), de la Coruña, muerta en su nacimiento con su primero y único volumen.

Actualmente se edita en esta Capital la Biblioteca *Lar* desde 1924. Ella puede ser la más firme base del afianzamiento de la novela gallega. Lleva publicados unos catorce volúmenes de distinguidos escritores, y cabe señalar la halagadora buena nueva de que sus dos primeros tomitos los constituyen dos hermosas novelas, de género completamente opuesto, con las que se iniciaron en el cultivo de la lengua materna, incorporándose así más a su tierra, los ilustres novelistas Fernández Flórez y Leandro Pita Romero, que hasta ahora habían reservado las galas de su ingenio para honra y gloria de la literatura castellana. *A miña muller* de Fernández Flórez, rebosa del humorismo peculiar en tan genial autor, y *O Anarquista* de Pita Romero, es un bien estudiado cuadro de la vida esclava de nuestros aldeanos.

En *Lar* la nota que más predomina es la de las obras de ambiente rural; pero no deja de señalarse en algunas la tendencia hacia los asuntos históricos, y el afán de espigar en el riquísimo campo de nuestro folk-lore, marcándose también una orientación social y cierto deseo de llevar la acción a un ambiente señorial.

No terminaremos sin remarcar los nuevos y amplios horizontes para la novela gallega, que se descubren en *Pantelas, home libre* de Otero Pedrayo; *Buserana* de López Abente; *Os probes de Deus*, de Amado Carballo; *O lobo de Xante*, de Vicente Risco; *A dona das Torres*, de Angel del Castillo; y *Naiciña*, del director de la Biblioteca, el joven escritor y dramaturgo, Leandro Carré. Estas Bibliotecas fueron nacidas y

creadas para servir de estímulo a los autores, y así, independientemente de aquéllos, se notó, que sin contar las valiosas y numerosas colecciones, que vinieron a acrecentar el copioso caudal de nuestra bibliografía literaria, salieron al mercado obras importantes y trascendentales, escritas con galana y fluida prosa gallega, como las novelas: *Formosinda*, de Porto Rey (1918); *O Ceputado por Venamar*, de López Abente (1919); *Neveda*, de Francisco Herrero (1920); *Bertas bravas*, de Florencio Vaamonde (1923); etc. etc., y el *Compendio de Gramática galega*, de R. A. (1919); *Gramática del Idioma Galego*, de M. Lugus Freire (1922), (1); *Catecismo Solidario* (1907); *Solidario en preguntas y respuestas*; *Doctrina Nazionalista*, de Ramón Villar Ponte (1921), etc., etc.

Pero baste con lo dicho y hagamos punto por hoy, quedando para otro día ocuparnos en otros interesantes aspectos de las letras gallegas, especialmente en su relación con el movimiento regionalista y en lo que se refiere a su peculiar «Teatro» en pleno desarrollo y florecimiento.

Eugenio Carré Andao

Coruña

(1) No carecíamos de variados estudios filológicos, pero en castellano, sobre la lengua gallega, siendo el más notable la *Gramática* de Saco Arce, (1868) y de los *Diccionarios*, el más completo el de Marcial Valladares (1884). Ambos están agotados.

La Real Academia Gallega está editando, en gran formato, un *Diccionario gallego castellano*, que vendrá a ser como de autoridades, por las citas con que robustece la significación de los vocablos.



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 8

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

A L I C A N T E

Mirando el mar, sentada sobre la arena, aspiro con deleite sus aires marinos. Allá lejos se divisa un punto perdido en las aguas: es un buque. Pregunto a un pescador, que afanoso tiende sus redes al sol, si es el Correo de Orán. —Si, señora, —me contesta— y por cierto que lleva muchos hombres en busca de trabajo, pero, no son de aquí, —continuó—. Son de otras tierras; en Alicante y su provincia, se vive bien.—Aún los que nos dedicamos «a la mar» podemos ir tirando; pero, nuestro trabajo es duro, muy duro, y... muy expuesto; mañana, si Dios quiere, saldremos; lo que no sabemos es cuando volveremos, ni si volveremos.—Ha terminado su faena, y se aleja cantando a media voz una tonadilla monótona. Así son las gentes de aquí; bravos ante la mar, e indiferentes en el peligro.

Unos niños juegan cerca de mí sacando arena con una pala, para llenar con ella sus cubos de hoja de lata, pintados de vivos colores. Grupos de muchachas

invernantes y madrugadoras, con sencillas *toilettes* de mañana, hacen labor; alguna ha destocado su cabeza, que el airecillo despeina; ellas ríen alegres tratando de arreglar con sus deditos rosados, la rizada melenita. Apoyados en la balaustrada del balneario «Diana» unos novios contemplan el espacio infinito, y sus miradas parecen querer penetrar el incierto porvenir que les aguarda.

Todo invita a la vida, el cielo, el sol que se refleja en las aguas tranquilas, con destellos de oro, la juventud y la niñez representadas en aquellas señoritas que ríen y en aquellos niños que juegan cerca de mí. Hay en la naturaleza luz radiante y tibio calor.

Poco a poco el paseo de Gamíz y la acera se han llenado de paseantes; algunos bajan a la playa y piden sillas en «Diana» o «La Alhambra»; la mayoría prefiere sentarse sobre la arena.

Subo al paseo y desde él, puedo ver el puerto, la «Explanada», y la población, que coquetona se extiende a mi derecha; a la izquierda, la estación de la Marina; y un poco más allá, el cabo de

la huerta. ¡Cuánta belleza! ¡Cuán bueno es Dios! A mi pensamiento llega aquella frase del Marqués de Molins. «*Alacont es la millor terreta del mon*»

Es cierto, es la mejor tierra del mundo, y la más ignorada. Tiene Alicante, en sus pueblos de la Marina, bellezas que sorprenden; y en su sierra de Mario la panoramas encantadores; pero entre mis paisanos habrá muchos que quizás conozcan las playas de moda españolas, y las del extranjero, pero ignoran que en su modesta patria chica hay mucho que estudiar y muy digno de verse.

Prisca Espa

Alicante.



SUS MANOS

Manos fuertes, recias manos,
nerviosas manos morenas
que son duras para todos
y que para mí son tiernas.

Manos en las que confío
poder entregarme entera,
que tienen a su albedrío
vida y muerte, dicha y pena.

Manos en las que he dejado
mi voluntad prisionera,
manos que son mi consuelo,
mi sostén y mi defensa.

Manos fuertes, recias manos,
nerviosas manos morenas;
si son duras para todos
para mí saben ser tiernas.

M.^a Gloria Lázaro

Barcelona.



PEREGRINO DEL AMOR

(Para Agripina Calvo, con cariño)

Camino polvoriento de Castilla
avanza un solitario peregrino;
roja del sol, la escuálida mejilla,
la mano seca, en el bordón de pino.

El lento paso la fatiga acorta,
que es muy duro el continuo caminar;

en el suelo se duerme y se trasporta
a su tierra, en dulcísimo soñar:

«Estrellita rutilante:

cuando llegue, ¿me amarás?
o te veré agonizante
del veneno de otro amante?
cuando llegue, ¿vivirás?

Triste ha sido mi destino
desde que maté al traidor
que en tu rostro alabastrino
puso un beso clandestino
usurpándome tu amor.

La penitencia he cumplido
en Santiago de Galicia;
¡mil fatigas he vivido
en el tiempo transcurrido
desde tu última caricia!

* * *

¿Te veré cortando flores
en aquel bosque sombrío
donde te hablaba de amores?:
eran los tiempos mejores
de nuestro tierno amorío.

¿O estarás en la pradera
viendo triscar las ovejitas,
oyendo al agua parlera
que orgullosa reverbera
el oro de tus guedejas?

Acaso al ver tu corpiño
escuche de ti: «juré
a otro mozo mi cariño»;
y este corazón de niño
morirá... no... viviré...»

Camino polvoriento de Castilla
avanza un solitario peregrino;
roja del sol, la escuálida mejilla,
la mano seca, en el bordón de pino.

Los ásperos guijarros del camino
hieren al caminante del dolor,
mas no arredran al báculo de pino
que apoya al «Peregrino del amor».

Jesús Riego

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

«Los humildes senderos.»
«La sangre de la Raza.»
«La Ciénaga.»
«Agua de turbión.»
«Fuente serena.»

De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º—*Enverada.*
» 2.º—*Excoscada.*
» 3.º—*Abatollada* (en prensa)

EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

**Papeles de Edición, Litografía
y de escribir**

**Dibujo, secante, pluma, barba,
pergamino y registro**

**Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana**

**Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —**

La Española

Talleres de Imprenta

Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

Librería, 28

Córdoba

